8 de enero de 1890.

CRÓNICA GENERAL.

El año 1890 ha empezado mal: a las cuatro y media de la madrugada del día 2 perdieron los aficionados a la música su tenor favorito, Julián Gayarre, que murió de una pneumonía, en la fuerza de su edad y en el apogeo de su fama. El carruaje fúnebre que le condujo desde la casa en que murió, plaza de Oriente, número 6, a la estación del Mediodía, iba cubierto de coronas, tributo de la amistad y el entusiasmo: aumentaron aquellas en el tránsito, al pasar ante el Real, la Escuela de Música y Declamación, el Casino de Madrid y los teatros de la Comedia y Español; resonaron ante su cadáver marchas fúnebres, y aquella sublime melodía del último acto de La Favorita, que tardará en ser cantada por ninguna voz humana como Gayarre la cantaba. Grandes éxitos alcanzó en su vida, pero ninguno como el que obtuvo Gayarre el día de su entierro: nevaba; Madrid, aterrado por la epidemia, había suspendido la circulación de las calles y, venciendo su miedo y su aprensión, desafió la nieve y el peligro, y la multitud se agolpó en toda la carrera en torno de su féretro, tan apiñada y compacta, que rara vez se ha visto demostración de duelo tan verdadera y numerosa. Hasta se oyeron vivas a Gayarre, que, si materialmente eran absurdos, eran en realidad una protesta contra la muerte y una consagración de la vida de la fama.

Duro es decirlo; pero Gayarre ha muerto en la ocasión más oportuna para su gloria, en la plenitud de su voz, en la posesión completa de su arte, disputado por los principales teatros líricos del mundo, imponiendo a las empresas los contratos más enormes, aclamado todas las noches por un público delirante, incensado por la prensa, rico, joven, sentido y adulado. Podría decirse, si no temiéramos

ofender el sentimiento público, que nunca murió en las tablas tan poética y teatralmente como en su lecho mortuorio. Todos los grandes tenores quisieran morir así, si no les costara la vida esa última ovación. Mágico y poderoso encanto el de la voz del tenor en la vida moderna. Cuando Gayarre era un pastorcillo del Roncal, ¡quién le hubiera dicho que tenía en su garganta un talismán como aquellos que concedían las hadas a sus ahijados en los cuentos! El talismán que da, a quien le posee, triunfos, coronas, aplausos, consideración, popularidad, amores y riquezas.

La garganta de los grandes tenores es un instrumento que pertenece al público: la de Gayarre era la voz de España en la escena lírica del mundo. Y ¿cómo nos representaba? Una gran autoridad, otro gran tenor, Stagno, ha llamado a Gayarre el rey de los tenores.

Aquel instrumento músico tan maravilloso se ha roto de repente: ya no resonarán en el Real, ni en las bóvedas de ningún templo, ni en los salones de los palacios, aquellos cantos de incomparable dulzura, que si no habían de ser eternos, nadie los creía tan efímeros: ya no queda de ellos nada, nada, sino un vago recuerdo. Eran de la naturaleza de la llama, y un soplo los apagó. Conservemos lo único que de él puede quedar: su nombre y su memoria; un juego de pelota y un hospital que instituyó en su pueblo el gran tenor navarro, y el mausoleo que guarda sus cenizas en el cementerio del Roncal.

Ha habido quien juzgaba excesiva la ovación fúnebre tributada a un tenor, comparando su importancia con la de grandes compositores, de quien sólo era un intérprete, y que no obtuvieron esos funerales públicos. El que tal dice no se fija en que la posteridad puede remediar y remedia con su admiración perpetua la tibieza de los contemporáneos; pero si éstos no dan testimonio con sus aplausos del

genio del cantante, ¿qué recuerdo dejarán? El tenor que muere o queda afónico, necesita ese certificado. Mozart, Beethoven, Bellini, Wagner y los genios musicales de todas las escuelas, quedarán siempre en contacto con los hombres. El tenor muere. El compositor sigue viviendo mientras hagan sentir su? creaciones.

Si Gayarre hubiera dejado en el fonógrafo alguna de sus romanzas. Pero ¿quién sabe si la Naturaleza tiene fonógrafos mejores, que recogiendo esos sonidos, los devolverá algún día a los oídos humanos, si hay quien sepa recogerlos en las bóvedas de los templos, el artesonado de los salones, el techo de los teatros o en las ondulaciones de la atmósfera? ¿No creemos en la resurrección de la carne? ¿Por qué no ha de ser posible la resurrección de los sonidos que está ya físicamente demostrada?

Al embalsamar el cuerpo de Gayarre, la ciencia extrajo la laringe del gran tenor, para estudiarla y depositarla en el Museo; pero la laringe no es sino una pieza del instrumento que produce la voz humana. Allí están las cuerdas que vibraban y el tubo que conducía el aire, pero faltan los fuelles de los pulmones, la cámara de la boca, y los demás órganos y músculos que completaban aquel complejo y maravilloso mecanismo. Sin embargo, no debemos desconfiar de que el estudio pueda hallar en aquel órgano algunas enseñanzas.

Más extraño nos parece que sus profesores de canto, los directores de la Zarzuela, en donde fue corista, no comprendieran el valor de aquella laringe, ni la explotase algún empresario experto, en los días tristes en que Gayarre estudiaba el canto. ¿Cómo no vio la especulación un manantial de oro en aquel caño de voz? No nos lo explicamos.

Hemos hablado del oro. También por él oímos algunos descontentos, que murmuraban al ver el imponente cortejo del gran artista.

—Cantaba bien —decían—; cantaba como un ángel; pero se hacía pagar como un avaro: bien lo hizo, pero buenos sueldos se le dieron. Deja más de doce millones. ¿Sabéis lo que son doce millones? Noventa y tres arrobas, diez y ocho libras y doce onzas de oro. Suponiendo que Gayarre pesase cinco arrobas, ha exigido al público por dejarse oír diez y ocho veces su peso en oro. ¿A qué viene ese tributo? ¿A qué llorar al hombre que sólo cantaba por un alto interés?

—Eso no —respondía otro economista—; critiquemos a la Patti, aunque nacida en Madrid, extranjera realmente; pero nunca a Gayarre, ni a ningún artista de esos que recorren el mundo recaudando riquezas para traerlas a España. Si cada español hiciera lo mismo y trajera a nuestro país diez y ocho veces su peso en oro, absorberíamos la riqueza de todas las naciones, pues reuniríamos los catorce millones de habitantes, a tres millones de pesetas, esta cantidad:

42.000.000.000.000 de pesetas.

No hemos sido amigos del célebre tenor; sólo le hablamos tres veces: una en un aguaducho del Prado, donde estaba con Marcos Zapata; otra en casa de Zozaya, cuando leyó El Duque de Alba, y otra en la casa donde ha muerto, a donde nos llevó un amigo de Gayarre que deseaba que le oyéramos, para referirlos, ciertos detalles de su vida. Decimos esto, porque en estos días han reproducido los periódicos, en parte, un artículo que publicamos en El Liberal del 4 de Diciembre de 1885, titulado Episodios de La vida de Gayarre: y debemos advertir que aquellos episodios son verdaderamente históricos, o tal como nos

los refirió Gayarre, y que tomamos, lápiz en mano, en presencia de su amigo; sólo pusimos de nuestra parte los elogios y la sintaxis. Allí están sus primeras revelaciones de la música, cuando abandonó la tienda de telas para seguir una banda militar, que oía por primera vez en su vida; su entrada en el Orfeón de Pamplona, cuando trabajaba en la herrería de Pinaqui; el descubrimiento de su mérito por el organista de la catedral, don Conrado García; el examen que hizo de él don Hilarión Eslava; su viaje a Madrid y su entrada en el Conservatorio, y en fin, su primera salida al teatro como tenor de zarzuela con nombre fingido, y el desastroso final de aquel negocio. Puede considerarse aquel artículo como una autobiografía del tenor. ¡Lástima que no hubiera continuado aquella narración, refiriendo las vicisitudes de sus estudios y trabajos en Italia, y luego la serie de sus triunfos! Los que le han tratado íntimamente podrían y deberían reconstituir con el recuerdo de sus conversaciones aquella historia pintoresca.

Nosotros no le volvimos a ver ni a hablar desde aquel día. Sin embargo, su muerte inesperada nos ha afectado y llenado de tristeza. No basta que se descubran otras hermosas voces de tenor, tan difíciles de hallar como la suya: los tenores mejoran con los años, y cuando llegan a la perfección del arte, entonces les falta la voz. Son violinistas que aprenden a tocar en un Stradivarius, y cuando son ya maestros, sólo tienen para hacerse oír un violín de juguete. Gayarre ha muerto cuando era ya maestro y su garganta una flauta deliciosa. ¡Qué tristeza! El ruiseñor navarro ha enmudecido para siempre.

¡Qué contraste! Bien hacían algunos en decir que Gayarre había muerto oportunamente. También ha muerto ayer, pero pobre y olvidado, el gran barítono Ronconi, que fue en su tiempo uno de los

príncipes de la ópera. Veneciano de nacimiento, español por adopción, había sido rico, había establecido una academia de música en Granada y tenido una corte de amigos en su prosperidad. Su hermosa voz, su escuela, la expresión de su rostro y su talento como actor, le dieron la reputación de uno de los primeros artistas líricos de Europa: defendióse en la decadencia de su voz a fuerza de arte y de talento; su generosidad le dejó pobre; a sus triunfos escénicos sucedieron los reveses, y si una generación le adoró, otra le hizo abandonar la escena. El Conservatorio de Música, y Declamación le acogió entre sus profesores, y ha terminado su vida enseñando lo que ya no podía ejecutar. El aura popular es pasajera. Los que vean esta tarde salir de la calle del Reloj un cortejo fúnebre modesto, preguntarán tal vez:

—¿A quién llevan a enterrar?

—A un gran cantante que murió hace muchos años. En ese ataúd va el esqueleto de Ronconi.

⛏

La epidemia continúa su curso y ha invadido toda Europa, toda España, parte del Asia, África y América. En Madrid ha dado por resultado triplicar la mortalidad, que se consideraba ya excesiva. No consignaremos las víctimas de más consideración y categoría que ha causado, a pesar de haber entre ellas personas tan importantes como los Duques de Abrantes y Valencia, porque seria interminable y demasiado triste nuestra crónica. Más consolador nos parece hacer constar la actitud generosa y caritativa del vecindario, de la prensa y las autoridades, para acudir en socorro de las gentes menesterosas y de los enfermos privados de recursos. El Imparcial, El Liberal, La Época, El Globo, El Motín y otros periódicos que omitiremos por no tener los

datos a la vista, han abierto suscriciones distribuyendo su importe entre los más necesitados: se han abierto hospitales y se preparan e improvisan otros: Su Majestad ha encargado se faciliten alimentos a las lavanderas y sus hijos y a cuantos pobres se puedan socorrer: funcionan, multiplicándose, las dependencias de las casas de Socorro; el Marqués de Santa Ana ha dado mayor extensión a sus benéficos asilos de la hospitalidad nocturna, y el director de El Resumen, Sr. Suárez de Figueroa, se estrena, como concejal, aplicando su vigorosa actividad con cívico entusiasmo a aquella buena obra. El gobernador, Sr. Aguilera, el alcalde, Sr. Mellado, todos trabajan y luchan a porfía con la enfermedad y procuran aliviar los males que produce. Es justo y honroso declararlo para memoria de conducta tan laudable.

⛏

Entretanto, la sequía parece haber cesado: empezó el cambio atmosférico con una nevada y continuaron la humedad algunas lluvias, que han hecho decrecer o han coincidido por lo menos, con el decrecimiento de la mortalidad. El espíritu público se repone; los que aun vivimos nos consideramos muy fuertes y casi invulnerables, o por lo menos, resignados como los musulmanes a sufrir lo que está escrito. Las gentes se separan algo de las chimeneas y braseros, y se atreven a respirar el aire libre. Sin embargo, se envuelven en calientes tapabocas muchachos, obreros y personas que no suelen usarlos.

Al principio, todos nos burlábamos del dengue, o lo que sea. Hoy hablamos de él con respeto, como de todo el que pega y hace daño.

⛏

Esta crónica tiene que ser, contra nuestra voluntad, un panteón.

El telégrafo anuncia también el fallecimiento de una de las tres emperatrices de Alemania: la primera, la fundadora, la que fue esposa de Guillermo I, la abuela del actual Emperador.

La emperatriz Augusta falleció ayer tarde a ¡los setenta y ocho años de edad; hacía sesenta que contrajo su matrimonio con el que fue después primer emperador de Alemania, unión que duró cincuenta y, nueve años. Sólo ha sobrevivido a su esposo veintidós meses. La viudez, la pérdida de su hijo y los achaques de una enfermedad crónica, habían extenuado la naturaleza de aquella señora que intervino indirecta y familiarmente en tantos hechos famosos de la historia y en la transformación de las fuerzas políticas de Europa. Su memoria era, por consiguiente, un archivo de recuerdos interesantes que nadie sabrá jamás. Su delicadísima salud sólo necesitaba para extinguirse del todo una ligera causa, y ha bastado para concluir con su existencia un soplo de ese aire malsano que ha caído sobre Europa.

⛏

Cerramos la crónica dejando al Ministerio español en plena crisis. Encargado el Sr. Sagasta por Su Majestad de formar un nuevo ministerio por dimisión del anterior, no ha podido realizarlo. Remitimos, por lo tanto, este asunto importante a la crónica inmediata.

Entretanto, sólo diremos que el Sr. Sagasta ha sorteado con habilidad tiempos difíciles y prestado servicios de consideración a la Monarquía.

⛏

—¡Despierta, mujer, despierta! ¿Qué estabas soñando?

—¡Ah! ¡era sueño! Estaba soñando que era bruja y me quemaban.

—¿Y te quejabas, con este frío, de estar en una hoguera?

—No; sino que como éramos tan pobres, faltaba leña y sólo me tostaban por un lado.

El padre (leyendo).— Ayer se enterraron 170 cadáveres y 8 fetos.

El niño. —Papá, ¿qué es un feto?

El padre. —Es una persona que viene del otro mundo al nuestro y se vuelve sin entrar.

—¡Ya llueve! ¡ya llueve! —dicen los madrileños con placer.—¡Estamos salvados!

—¿Salvados? ¡Quién sabe! Acaso nos echan agua de socorro.

Don Blas, atemorizado por el frío, no se aparta de la chimenea: tostado por la lumbre, cada día está más moreno: su criada le sirve allí la comida.

—¡Muchacha! este asado está frío.

—No, señor; es que al lado del fuego parece frío todo.

—Vuelve el asado al fuego y ponme a mí en la fuente. El pollo está crudo y yo estoy asado.

José Fernández Bremón.

⛏

Número.

⭐

15 de enero 1890.

CRÓNICA GENERAL.

La enfermedad del niño rey Alfonso XIII, que, cuando escribimos nuestra Crónica del número anterior, no parecía hacer presentir la gravedad que había de adquirir poco después, produjo por primera consecuencia suspender las conferencias en las que la Reina Regente consultaba a los altos dignatarios políticos su opinión acerca de la crisis ministerial, y la continuación en el poder del Gobierno dimisionario, el aplazamiento de las sesiones de Cortes, y la suspensión de la vida política mientras estaba en peligro inminente la existencia del pequeño Monarca. Las fibras de los sentimientos delicados impresionáronse ante la aflicción de una madre luchando

entre dos graves deberes, y obligada a resolver serena y fríamente la crisis más grave de su regencia, y velar junto a una cuna rodeada de médicos que todo lo temían, aunque algunos no desesperasen de la salvación del reyecito. Era espectáculo tierno y serio a la vez: tierno, por los sentimientos que inspira a toda persona de buen corazón una madre que se priva del descanso, y vela día y noche, espiando el semblante de los médicos a cada fenómeno de postración o reacción de un niño enfermo; que se anima cuando el niño sonríe y se incorpora, y que suspira al verle reclinar sobre la almohada la fatigada cabecita y cerrar los ojos y caer aletargado.

Era espectáculo serio, porque en la monarquía hereditaria, cada alteración de las líneas en que deben recaer los derechos transforma el porvenir. La desgracia que se temía no alteraba en nada momentáneamente el organismo del poder Real: la corona hubiera pasado insensible y suavemente de un niño de corta edad a una niña pequeña bajo la misma regencia y tutela de su madre, sin variar materialmente nada por el pronto; pero de la existencia de Alfonso XIII dependía toda la representación masculina de la dinastía reinante, salvada por caso extraordinario después de la muerte prematura de don Alfonso XII. Hasta la fantasía, fijándose en esta circunstancia novelesca del nacimiento del rey, se entristecía de que el prestigio pudiera terminar tan prosaicamente como las esperanzas y las ilusiones que se sueñan.

Las manifestaciones de adhesión y de simpatía hacia la reina y su hijo han sido grandes. Hasta los enemigos de la representación real han estado circunspectos, y algunos han dado pruebas de caballerosa galantería. Los jefes de los partidos aprovecharon la única sesión de las Cortes para asociarse al dolor de la reina, y el pueblo, como las clases acomodadas, han llenado de firmas las listas de Palacio, leyendo

con tristeza los partes en que no se ocultaba la gravedad de la dolencia, siguiendo todos los detalles y accidentes de esta, y sintiendo, como sentimos nosotros, verdadera satisfacción por la mejoría cada vez más caracterizada, que al cerrar nuestra crónica hace concebir halagüeñas esperanzas.



En cuanto a la crisis que se produjo al terminar nuestra última crónica, se halla, como hemos dicho, aplazada. El Sr. Sagasta, no pudiendo vencer las dificultades que le ofrecían las desavenencias de algunos grupos, tuvo que resignar el encargo de formar Ministerio. Es el actual, por consiguiente, un gobierno interino y anómalo que ocupa el poder por enfermedad, y al mismo tiempo el único que podía ocuparle. Existe verdadera divergencia entre la mayoría del país y los políticos en juego: mientras estos creían indispensable la crisis, e impuesta por necesidades parlamentarias, el país no se explica las razones que la hicieron necesaria, y la atribuye a ambiciones personales, que no hacen buen efecto en las circunstancias críticas y difíciles que hoy estamos sorteando.

Recordamos haber dicho a raíz del atropello parlamentario de que fue víctima el Sr. Martos, que la fecha de aquel suceso deplorable sería fecunda en consecuencias, y lo que está ocurriendo no sucedería si aquello no se hubiera verificado. Se impone ante el buen sentido, como conveniencia inmediata, la disolución de grupos inútiles, y la reconciliación de elementos casi homogéneos que hoy hacen vida separada. Porque no hay crédito político que resista a esta pregunta que hace ese todo el mundo a quien hay que satisfacer en estos tiempos: ¿Por qué riñen y se reconcilian esos señores? ¿Por qué trastornan el país con sus enemistades?»



No está en la realidad el Times al estimar que Europa apenas ha de fijar su atención en el conflicto anglo-lusitano. Todo lo contrario: la conducta violenta y desconsiderada del Gobierno inglés, y su ultimátum al de Portugal dándole el término de doce horas para decidirse a evacuar las tierras objeto del litigio, esa conducta ha escandalizado a Europa entera. Muchas veces ha abusado Inglaterra de su fuerza naval, pero jamás han tenido sus atropellos tanta resonancia, ni hecho tan mal efecto. La publicidad enorme que da el periodismo a las noticias importantes, hace que estos abusos de fuerza sean más odiosos, por lo mismo que son más divulgados y conocidos.

La conducta del gobierno inglés, lo que The Standard llama destreza y triunfo del Marqués de Salisbury, no ha parecido a todo el mundo sino despreocupación y abuso inmoderado, no simple abuso de la fuerza. Cortar de pronto la discusión diplomática sin leer la respuesta del gobierno portugués por miedo de sus razonamientos; no admitir arbitraje ni más derecho que los acorazados, podrá dar idea de la gran fuerza de Inglaterra, pero tiene que alarmar a todas las naciones que confiaban sus derechos, no al cañón, sino al pudor y la conciencia internacionales. Ante esa acción, todos los países desarmados deben tocar a generala, fortificar sus costas y poner vigías en las torres, como cuando el litoral cristiano temía a cada instante ver asomar por el horizonte las galeotas de los turcos. Lisboa debe sentir hoy que la muerte del marqués de Santa Cruz hiciera fracasar la expedición naval destinada a la conquista de Inglaterra, para destruir lo que Felipe II llamaba el nido de piratas. La alarma de los demás países debe estar justificada; pues si así se conduce el gobierno inglés con los

portugueses, de los que era protector tradicional, ¿qué pueden esperar los demás pueblos? Está concluyendo el siglo XIX, y el derecho internacional vigente puede definirse en esta fórmula: construir acorazados y lanzarlos en corso sobre las posesiones de los pueblos que tienen menos artillería. Bueno es consignarlo y tenerlo muy presente.

Las manifestaciones contra Inglaterra que se han verificado en Lisboa, Oporto y algunas otras ciudades portuguesas, podrán ser tachadas de incorrectas, como todo acaloramiento popular; pero, como resultado de una humillación a un pueblo digno y de una provocación injusta y abusiva, no deben achacarse a los habitantes de Lisboa y Oporto, sino al provocador: un tropel de amotinados derribó el escudo en el Consulado inglés, pero el instigador verdadero ha sido el marqués de Salisbury. Este hombre de estado ha sacrificado a un pueblo amigo por la codicia de una compañía mercantil, e indispuesto a su país con una nación civilizada para captarse la benevolencia de los makololos, que llevan por traje la bandera inglesa en la punta de una lanza. Es verdad que los portugueses tienen ropa, y las tribus africanas no; y como Portugal ha dado ya su jugo, hoy parecen mejores parroquianos para un pueblo mercantil las tribus desnudas de África, que pagarán muy bien el algodón de las fábricas inglesas, los fusiles de desecho, y aprenderán a cultivar el opio por cuenta de las compañías civilizadoras.

El Ministerio portugués ha caído en un vigoroso empuje de la opinión, y el reinado de don Carlos I se inaugura con un conflicto difícil. Y lo peor de todo es que los partidos tratan de explotar en estos momentos las desventuras de la patria, que necesita de todos. Este es el punto negro de la cuestión en Portugal. Ni la monarquía ni la república pueden sacar fuerzas de donde no las hay para contrarrestar

la imposición que se les hace a mansalva y sobre seguro. ¿Qué recurso les queda? La protesta ante el mundo civilizado, que no les negará sus simpatías. Pero ¿deben acudir al extremo que muchos pretenden, y resistir la imposición para que los ingleses tengan un pretexto de bombardear a Lisboa, desde la cual, como sabe todo el mundo y recuerdan hoy todos los periódicos, salieron los navegantes que exploraron las costas de África y descubrieron la India y tantos países que se les han arrebatado por la fuerza? Los ingleses no tendrían inconveniente en bombardear la misma historia si les reportara alguna utilidad. Por lo tanto, basta para quedar con honra hacer lo que se puede: no tiene medios Portugal de oponer una escuadra a la inglesa; si la tuviera, no hubiera sido acometido en estos momentos, no por falta de valor de los ingleses, que nadie ha de negárselo, sino porque los nuevos elementos de combate sólo inspiran confianza donde no pueden oponérseles otros equivalentes. No tiene obligación Portugal de hacer una heroicidad inútil para quedar honrosamente. No triunfa de él Inglaterra: el triunfo supone un combate equitativo.

La guerra mercantil que han iniciado algunos comerciantes portugueses, es más a propósito para el género de la acometida. Los portugueses no arruinarán el comercio británico, pero sí podrían causarle mayores pérdidas que ventajas les reporte su despojo. Y en ese caso, el negocio se saldaría en pérdida para Inglaterra.

La idea que han concebido los estudiantes portugueses de dirigir representaciones a todas las universidades extranjeras para que les ayuden a protestar de una injusticia ante el mundo culto, es digna de aplauso. Cuando escuadras formidables cruzan los mares imponiendo a todos las leyes del más fuerte, importa al mundo moral, para que no extinga en el corazón y en el cerebro de los hombres el sentimiento y la noción de la justicia, que la juventud de todas las naciones levante

su generosa voz en son de protesta nada más contra las demasías del poderoso, y en favor de los derechos atropellados.

Inglaterra con su ultimátum se ha quitado la razón: no ha querido discutir con Portugal. Y pues el artículo 12 del acta general de la conferencia de Berlín, que establece el arbitraje para resolver estas cuestiones de límites, ha sido roto, o las potencias signatarias piden todas razón a Inglaterra, o ese pacto es nulo y sin valor.

⛏

La temperatura ha mejorado en Madrid, y con ella el estado sanitario: las defunciones han descendido a menos de la mitad de las que hubo en el período álgido de la enfermedad, si bien distan aún del tipo normal a que deberán pronto reducirse. No nos hemos determinado a seguir dando noticias necrológicas, porque contristan el ánimo y son ocasionadas a omisiones importantes.

La vida social empieza a reanudarse: los teatros se animan lentamente, y la aprensión de las gentes disminuye. Hemos tenido días de sol espléndido, y de nieblas húmedas y frías, y los madrileños empiezan a asomar las cabezas, como las ranas asustadas por un ruido extraordinario vuelven a aparecer cuando se restablece el silencio.

Dentro de poco nadie se acordará del trancazo, sino los que hayan perdido seres queridos. Entre ellos debemos compadecer a una familia a quien nos unen lazos de amistad. El Sr. don Alejandro Moreno ha perdido tres hijos en pocos días. ¿Quién ha de hallar palabras que sirvan de consuelo a los desdichados padres?



Un bolero muy viejo se presenta a un empresario para que le contrate de limosna.

—No puedo dar más sueldos.

—Bailaré de balde.

—¿Y con qué vivirán usted y su familia?

—Con las patatas que me tiren cuando bailo.

⛏

—Niño, ¿qué tomas del suelo?

—Es que me he encontrado una herradura.

—Tírala, que si te ven recogerla creerán que no te calzo.

⛏

Inglaterra se abre un nuevo mercado en las comarcas africanas, y se prepara a explotarlas. Lord Salisbury reúne a varios industriales, y les invita a satisfacer con productos ingleses las necesidades de los nuevos amigos de Inglaterra en los territorios que trata de anexionarse.

—Descuidad—dicen los negociantes—; hemos previsto todo, y están preparados los cargamentos. Mañana saldrán para África, cobijados por la bandera británica, un millón de taparrabos.

—¿Pero en qué fundan los ingleses su derecho?

—En que los makololos llevaban banderas encarnadas en algunas picas.

—¿De veras? Mujer, quítate el refajo, no resulte que todo lo envuelto en tela colorada sea territorio inglés.

—¿Cómo bloquearía usted a Inglaterra para conquistarla?

—A una plaza, para que se entregue, se la cortan los víveres y el agua. Inglaterra sucumbiría al instante si le cortáramos el té.

✎

—¿Qué es un alemán?

—Es un anfibio que viviría lo mismo en el aire que en la cerveza.

✎

Los sabios discuten con interés el hallazgo hecho en las canteras de Perpiñán de un mono fósil.

Los restos de aquel europeo venerable se hallaron en terreno mioceno.

¿Tendrá descendientes el mono?

Y si los tiene, ¿saltarán por las ramas de los árboles, o alternarán con

las gentes e influirán en los negocios?

¿Serán amigos nuestros?

José Fernández Bremón.

⭐

22 de enero de 1890.

CRÓNICA GENERAL.

El 18 del corriente a las tres de la tarde falleció en Turín don Amadeo de Saboya, hermano del Rey de Italia, y rey que fue de España durante veintiséis meses. Si los revolucionarios de Septiembre al derribar en España la monarquía hubieran proclamado la República, forma de gobierno completamente natural cuando el monarca de derecho es vencido y expulsado, acaso hubieran consolidado su obra. Pero nacida de una sublevación militar, y dirigida por generales, fue revolución democrática en el nombre y aristocrática en realidad; que es un error confundir la nobleza con la aristocracia. Aquella, privada de sus derechos y reducida a la condición de los particulares, pobre y diseminada, ni ejercía funciones públicas, ni influía casi nada en los asuntos del Estado. En cambio, los capitanes generales de ejército, los ex-ministros, los grandes oradores y banqueros, constituían la verdadera aristocracia militante, que disponía del ejército, de la banca, de la prensa y de los comicios; es decir, que era dueña de todas las fortalezas de la lucha moderna; la que brillaba, la que tenía fuerza efectiva, prestigio entre la muchedumbre y todas las utilidades del poder y la influencia; la que había podido, en fin, derribar un trono. Esa aristocracia que venció al Poder Real con los buques de la Marina

Real y con las armas de los Reales ejércitos, experimentó la necesidad de sustituir el rey depuesto con otro rey, y fracasada la candidatura de Hohenzollern, la del Duque de Génova, y las pretensiones del Duque de Montpensier, pensó en uno de los pocos príncipes católicos entonces disponibles, y eligió al Duque de Aosta, hijo segundo de Víctor Manuel, por rey de España. Y para suavizar ante la muchedumbre aquel tributo rendido a la realeza, y por tener la Constitución de 1869 sentido muy liberal, intitulóse monarquía democrática a la de don Amadeo de Saboya.

Era este un príncipe de veintiséis años de edad, estimado en su país por haber dado pruebas de valor en la batalla de Custozza y por sus condiciones personales. En España era un desconocido, y sólo sonaba su apellido en los oídos españoles como un recuerdo lejano de los servicios que habían prestado sus antepasados a los reyes de la casa de Austria. Un republicano, el Sr. Cas- telar, había apostrofado cruelmente desde la tribuna del Congreso a los Duques de Saboya, y sus palabras vehementes y terribles fueron aplaudidas frenéticamente en los bancos y las tribunas del Congreso. Aquellos aplausos demostraban que el vicio original de la monarquía democrática era carecer de popularidad el Monarca popular. Bien que, gastados en el poder los que hicieron la revolución; disgustados los republicanos con la solución monárquica; robustecido el carlismo, y llenos de cólera los pretendientes desairados, no quedaban al nuevo monarca otros partidarios que las huestes ministeriales, divididas y en gran pugna: en aquella disposición los ánimos, marchó a Italia para ofrecer la corona de España a don Amadeo una comisión de las Cortes presidida por don Manuel Ruiz Zorrilla.

Entró en Madrid el monarca un día doblemente triste: en el Ministerio de la Guerra estaba de cuerpo presente el infortunado general Prim, a

quien rindió el tributo de gratitud de su visita: el tiempo era crudo y caía una gran nevada que había alfombrado de blanco la carrera. Aun nos parece verle sobre el caballo, saludando con majestad a los espectadores: era un saludo acompasado y de ceremonia teatral: el rostro moreno, la barba negra y rizada, el cuerpo esbelto y varonil, y su gallardía de jinete, impresionaron favorablemente al público. A la ovación preparada se unieron otras voces, y fue recibido con decoro, pero sin estruendo. Así empezó aquel reinado breve: para caldear a un pueblo frío, hacían falta grandes cualidades y habilidad para conseguirlo aprovechando las ocasiones.

Han dicho algunos periódicos que derribó a don Amadeo la hostilidad de la nobleza madrileña: no nos explicamos qué falta hacia esa nobleza a una monarquía democrática, ni cómo habían de presumirse, los que la trajeron, llenar los salones de Palacio con nobles alfonsinos y carlistas: para llegar a esa transacción, necesita el monarca antecedentes, relaciones, algo que permita la aproximación sin indignidad a los que han de hacer la corte. Que ese algo existió después en la restauración, quedó probado llenándose los salones de Palacio de personajes que habían combatido con furor a la monarquía derribada. Lo que minó el trono democrático fue su inutilidad y su impopularidad. No una, mil veces, hemos oído, en los corrillos que forman las vecinas en las calles apartadas, bailoteos que terminaban con estribillos burlescos, demostrando que el pueblo no tomaba en serio la nueva institución. Lo que concluyó con el trono fue la guerra que le hicieron los mismos que le alzaron, pues día hubo en Madrid en que, a no ser llamado al poder el partido radical, hubiera hecho barricadas en la calle. ¿Podría mantenerse un reinado exótico, en tales condiciones, si le faltaba su apoyo natural?

Don Amadeo de Saboya no hizo daño ni hizo bien: fue un paréntesis

de la historia; no conocía el país ni los hombres con quienes debía entenderse; ni demostró malas cualidades para que debamos pedirle cuentas, ni tales prendas que le hayamos de echar de menos. Era modesto en sus costumbres, y le veíamos frecuentar los sitios públicos; pero no conocemos mejora alguna, ni iniciativa propia suya, ni ha dejado más rastro que las monedas acuñadas con su busto. Cuando reinaba había en España, como en tiempo de don Enrique el Doliente, muchos reyes que reinaban más que él. Díjose que iba a montar a caballo para combatir a los carlistas, y no llegó a montar. Su buena esposa doña María Victoria dejó, al menos para memoria, algunas fundaciones benéficas que aun subsisten.

Debemos advertir, lealmente, que no fuimos partidarios suyos, y que le combatimos en la medida de nuestras fuerzas, para que el lector imparcial descarte de nuestro juicio lo que pueda tener de apasionado: creemos, sin embargo, ser hoy tan independientes y neutrales, que hasta placer sentiríamos en poder formar de aquel Rey un juicio más alto, para rendir ese tributo a su memoria. Sólo diremos que no tenía la ambición de reinar, toda vez que tan fácilmente dejó el trono, cuando se convenció de que no podían entenderse, para facilitar la consolidación de su autoridad, los que le habían elevado a ella. Pero esa falta de ambición, que hace honor a su modestia, no reveló en él las condiciones varoniles de las naturalezas superiores, nacidas para vencer dificultades en las altas jerarquías. Cuando renunció la corona había más peligro que placer en conservarla, y al fin y al cabo, con todos sus defectos y rivalidades, al retirarse, dejaba comprometidos y desautorizados a los que le habían traído y proclamado, y los hería, al tiempo de marcharse, con su voto de censura por la cuestión de los artilleros.

Así debieron entenderlo, cuando le negaron sus saludos de despedida.

Don Amadeo de Saboya salió de Madrid sin comitiva, sin demostraciones de afecto y sentimiento, y fue tal la soledad y el abandono en que le dejaron los suyos, que estando su esposa convaleciente de un parto, no pudo obtener una taza de caldo que en su debilidad necesitaba. Deplorable es el hecho, pero alguna atenuación debe tener la conducta de sus partidarios: no le despidieron, porque consideraban su abandono de la corona, no como un desprendimiento, sino como una hostilidad o deserción. Los que hoy, pasados diez y seis años, evocan aquel reinado, no recuerdan bien que en vez de ser una solución, fue un redoble de guerra civil y un ensayo que costó mucha sangre y muchas ruinas.

Pero si don Amadeo de Saboya, como español y como rey, no tiene derecho a grandes alabanzas, como italiano y como príncipe ha sido un personaje simpático y noble, como era su trato y su apariencia. No había nacido para figurar en primer término, sino para hacer un papel digno en la corte de su hermano el rey Humberto, de quien era leal é íntimo consejero; un príncipe modesto y estimado; un hombre honrado, de esos a quienes en su lecho de muerte no les rodea jamás la indiferencia, sino ojos que lloran y gargantas que sollozan. Con pena supimos que se hallaba en la agonía; con verdadera tristeza leímos la noticia de su muerte.

La crisis ministerial de España, después de muchas vicisitudes, seguidas con minuciosidad por los periódicos diarios, se ha resuelto, quedando otra vez al frente del Gobierno el Sr. Sagasta, que conserva a su lado tres ministros del anterior Gabinete: los Sres. Marqués de la Vega de Armijo, Capdepón y Becerra, y ha puesto al frente del Ministerio de Gracia y Justicia al Sr. Puig- cerver; de Fomento, al Sr. Duque de Veragua, descendiente de Colón; de Hacienda, al Sr. Eguilior; de Guerra, al general Bermúdez Reina, y de Marina, al

almirante Romero. El nuevo Ministerio ha perdido al Conde de Xiquena, recto ministro de Fomento; al general Chinchilla; a don Venancio González, y a los Sres. Rodríguez Arias y Canalejas. Los que no nos mezclamos en las cábalas del personalismo, ni apenas distinguimos los matices que diferencian unos grupos de otros, no hemos comprendido ni las probabilidades que tuvo el presidente de la Cámara, Sr. Alonso Martínez, de formar un Gobierno que se llamaba de conciliación, ni el fracaso de sus gestiones. Vuelto al poder el Sr. Sagasta, nos parece natural que así haya sucedido, limitándonos á tomar nota del hecho, que más pertenece a la política palpitante que a la crónica de carácter general.

La actitud del pueblo portugués, pasada la natural exaltación que le produjo la conducta del Gobierno de Inglaterra, está siendo la de un país altivo que estima su dignidad y quiere divorciarse por completo de la nación que le ofendió. Portugal sigue la conducta que creíamos debía adoptar y manifestamos en una de nuestras crónicas anteriores.

Nosotros, que hemos lamentado muy de veras la desconsideración del Gobierno inglés, no hemos podido leer sin emoción las deferencias de que España ha sido objeto en las manifestaciones populares de Lisboa. Si Portugal, influido por sugestiones extrañas, y cuya intención ha quedado bien desembozada, no hubiera abrigado recelos infundados respecto de nosotros, hace tiempo que la aproximación de ambos países hubiera producido a uno y otro ventajas morales y materiales. España no quiere de Portugal nada que éste no acepte con entera voluntad, porque la Naturaleza nos ha ligado el pecho como a los hermanos siameses, y no hay dolor en el cuerpo del uno que no se sufra también en el cuerpo de su hermano.

El descubrimiento de la momia de Cleopatra y las gestiones que se

hacen para su transporte a Londres, donde será desligado el cuerpo de la famosa reina de Egipto; el estudio hecho por el Dr. Cortezo de la laringe de Gayarre y que será revelado al público en un libro, del cual ha anticipado con gran lucidez y claridad el Sr. Rodríguez Carracido las principales conclusiones, siendo la más curiosa para nosotros los profanos la existencia de una protuberancia no morbosa en las cuerdas vocales, a la cual se debía la pasmosa facilidad con que el gran tenor cambiaba de registro; las prevenciones que se abrigan contra el alumbrado eléctrico, en vista de las numerosas víctimas que han causado en los Estados Unidos las poderosas corrientes que pasan por los hilos; la cremación de mil cadáveres por orden del Ayuntamiento de Nueva York, sin duda para destruir con el fuego los microbios de enfermedades infecciosas, y el temporal que ha ocasionado en estos últimos días tantas desgracias en las costas de Inglaterra, harían esta revista interminable, si las dedicáramos el espacio que merecen. Tenemos que limitarnos a hacer un índice de todos esos asuntos interesantes o curiosos, que sirven para caracterizar las diferentes preocupaciones de la ciencia contemporánea en sus últimas investigaciones, y los hechos que más nos impresionan en la lectura de la prensa.

Indudablemente los niños de ahora tienen muchas ventajas que no disfrutamos en nuestra niñez: escuelas del sistema de Froebel, donde aprenden divirtiéndose; juguetes que servirían de recreo a personas mayores; libros preciosos, como los de la Biblioteca de los laboriosos editores Ocaña y Compañía, y periódicos ilustrados. Decimos esto examinando el número primero de La Edad dichosa, revista ilustrada para niños y niñas, que dirige nuestro querido amigo y colaborador don Carlos Frontaura. Cuentos, historia, lecciones morales en formas amenísimas, con retratos y grabados interesantes y acertijos, todo de aspecto risueño y agradable. Es un verdadero periódico de juguete,

que escriben el director, María del Pilar Sinués, Martínez de Velasco y Sánchez de Castilla, insertando además fábulas de Hartzenbusch, cuentos de Andersen y de otros célebres maestros.

La importancia que se da hoy al recreo de los niños justifica el título del periódico; la infancia es hoy edad dichosa; no lo era tanto en los tiempos del coco, del amado Teótimo, la perinola, el dominguillo, el dómine, los azotes y palmetas. Dan ganas de volver a nacer, pues ya sólo falta que mientras aprenden a andar, pongan alitas a los niños para que jueguen con los pájaros.

—¿Te has colocado ya? —dice el tendero a una cocinera.

—Ayer estuve a pretender en una casa, pero no quise quedarme.

—¿Son roñosos?

—Lo sospecho. La señora estaba tan pálida, que me dije: «Yo no sirvo en una casa donde la señora economiza los colores.»

Cuando el gigante egipcio entró en la fonda de la calle de la Victoria, el fondista no pudo menos de decir al intérprete:

—Supongo que el huésped dormirá de pie o tendido en el pasillo, porque no tenemos camas de ese largo.

—No, señor: coloque usted seis colchones seguidos y ahí se acostará.

—Está bien: no faltarán colchones; pero en cuanto a sábanas, no tenemos toldos ni velas de fragata. En fin, veré si se encuentran en algún comercio sábanas continuas.

—¿Cuánto le llevará usted por la comida?

—Nada más que lo justo: como si se hospedara en mi casa un batallón.

Al gigante acompaña un enano.

—En cuanto a este señor—añadió el fondista—tengo habitaciones a precio reducido. ¡Niña!

—¡Papá!

—Aloja a este caballero en tu casa de muñecas.

Dos aprensivos consultan la estadística mortuoria:

—¿Cuántos murieron ayer?

—Sesenta y dos.

—¿De veras? Estamos salvados; es la cifra normal.

—Sí; ya sólo mueren aquellos a quienes les llega su hora.

José Fernández Bremón.

⭐

30 de enero de 1890.

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

N° IV

CRÓNICA GENERAL.

Pobre Mariano Fernández! Cuatro días antes de su muerte hacía reír al público representando el protagonista de La Pata de cabra, la madre de las comedias de magia del repertorio moderno. Todas las amarguras de una vida larga no habían secado el manantial de la alegría que brotó incesantemente de sus labios y su gesto. Enfermo ya del catarro que le llevó al sepulcro, saltó de la cama, vistió su traje de colores y cantó una copla burlándose de su enfermedad: no sabía que estaba riéndose de la muerte que le esperaba a la puerta del teatro: esto sucedía en la tarde del domingo, y el jueves 23 recibía la Extremaunción, mientras el público llamaba a escena a don Ricardo Blanco Asenjo, al estrenarse en el Español La Verja cerrada.

No era actor cómico a la francesa, sino un verdadero gracioso a la española, como reconocen cuantos han escrito su necrología. Su gracia era plebeya, pero espontánea, fresca y sin artificios; de facciones regulares y cuerpo bien proporcionado, no hacía reír por ningún defecto físico de esos que dan al actor apariencia ridícula, sino por la expresión de su gesto y la gracia en el decir. Ha muerto a los setenta y cinco años cumplidos: representó por espacio de cincuenta,

con entusiasmo creciente, sin decaer y sin cansancio. Era un joven actor septuagenario. En su último delirio recitó trozos de su papel de don Simplicio Bobadilla, y sin duda las lágrimas que se vertían en torno de su lecho le parecieron sonrisas, y los sollozos carcajadas; es decir, el ruido popular que le acompañó en el teatro durante más de medio siglo.

Un notable escritor, don Federico Urrecha, refiere que habló con Mariano Fernández en la tarde del domingo.

—El público no viene a ver La Pata de cabra —dijo—; viene a verme a mí.

Y se dio orgulloso con la mano en aquel pecho ya cogido por la pulmonía.

—No haga usted valentías —le dije con el cariñoso respeto que me inspiraba.

—No, hoy no estoy bien —me contestó—; pero el jueves, lo que es el jueves estaré otra vez como un roble.

Había nacido en la calle del Barco el 9 de Abril de 1814, y en 1834 ingresó en la compañía de García Luna en el teatro del Príncipe, hoy el Español. Ha muerto en la calle de la Cruz, núm. 14.

Recuerda un periódico, y con razón, que no sólo era un gracioso inimitable, sino que creó también papeles serios muy notables, como el Perik de Naclara en Venganza catalana. Las primeras obras en que trabajó ante el público fueron La Mojigata y Un Paseo a Bedlam, y la última que estrenó, el sainete de Burgos, El Mundo comedia es, o el

baile de Luis Alonso.

Hijo de un sastre, lo recordó algunas veces en sus coplas; sus padres quisieron hacerle pintor, pero su tío era conserje del derribado teatro de la Cruz, y esta circunstancia le permitió, con las asistencias a las representaciones, darse cuenta de su verdadera vocación. Fue con don Julián Romea, uno de los primeros alumnos del Conservatorio.

En el teatro casero de la Duquesa de Híjar dirigió hace diez y seis años el sainete La Casa de Tócame Roque, trabajando en él con una compañía de ilustres aficionados; fue el primer empresario que contrató como primer actor a Rafael Calvo, según recuerda El Españoleta; perdió, y a fuerza de trabajo recobró dos o tres veces su caudal; casó dos veces, una ya viejo, y tuvo la desgracia de que se le muriesen dos hijos, a quienes había dado carrera; estuvo casi siempre contratado en Madrid, aunque hizo excursiones veraniegas, y poseía una casita en Pozuelo, en la cual pasaba muchas temporadas en los meses de calor. Finalmente, estaba dispuesto a formar parte de la compañía que el gran actor don Antonio Vico trataba de organizar para recorrer algunos de los principales teatros de España.

Estas son las noticias más salientes que encontramos en la prensa acerca del popular actor, a quien todos los periódicos han rendido un tributo casi familiar: tan querido era del público; tan sentida ha sido su pérdida. Con él ha desaparecido uno de los elementos del regocijo popular. Y no sólo ha sido su muerte considerada como una pérdida para el teatro por lo que valía personalmente, sino por lo que representaba en la escena nacional su conocimiento del teatro antiguo y su inteligencia para desempeñar el eterno tipo del gracioso tradicional.

Es demasiado hermoso y grande nuestro teatro nacional para que no lamentemos todo aquello que contribuya a su olvido y postración. Si hay quien no le siente ni le entiende, y quien quisiera que todos pensásemos como se visten ciertas gentes, con arreglo al último figurín francés, la generalidad de los españoles queremos para la inteligencia todo género de libertades poéticas, sin maestritos que dicten fórmulas para la producción literaria, ni más limitaciones que el respeto al público y a la universal concepción de la belleza. La muerte de un actor que sienta el teatro antiguo, es una pérdida para todos los autores que deseen continuar la gloriosa tradición, aliada con los gustos de la moderna sociedad.

No hemos visto que la prensa se haya dado por enterada, sino excepcionalmente y para criticarle, de un anuncio que publica La Gaceta, emanado del Ayuntamiento, invitando a los directores de periódicos y al vecindario para exponer los pensamientos que juzguen útiles al propósito de abaratar en Madrid los precios de los artículos de primera necesidad, y especialmente del pan y de la carne. El intento es loable y difícil. En París se hizo en tiempo del Imperio un gran estudio para limitar las ganancias de los carniceros a un tanto por ciento razonable después de cubiertos los gastos de la industria: era restablecer la tasa en condiciones equitativas, y tuvo que abandonarse. En Madrid se ha pensado algunas veces en facilitar la entrada del pan elaborado fuera, y de la carne sacrificada en otros mataderos; pero siempre se ha estrellado la reforma por trabas y dificultades que han ocasionado a los introductores de esos artículos la destrucción de sus mercancías, precisándolos a abandonar con pérdida su especulación, sin embargo de ser buena en teoría. ¿Por qué, si la carne muerta, aun pagando derechos de matadero y de consumos, puede venderse en Madrid a precio menor que los corrientes, no se vende? ¿Por qué, si al Ayuntamiento sólo le interesa

no perder los derechos indicados, no procura, haciéndolos pagar, que vengan, con la garantía de certificaciones de origen, carnes aceptables de otros mataderos?

Pero hay un hecho que está indicando, con la lógica de lo ya ensayado felizmente, la manera de hacer la vida más barata. Funcionan en Madrid, con buen éxito, algunas sociedades cooperativas de consumos: los asociados se procuran los artículos de primera necesidad a precios mucho más bajos que los de las tiendas. Si se dan facilidades para esa manera de proveerse, claro es que las ventajas del sistema darán fuerza y extensión a las agrupaciones de consumidores, y esa competencia tan natural ha de influir en el mercado. La iniciativa de una sociedad en grande escala debería partir del vecindario, pero también puede iniciarla el mismo Ayuntamiento, que, si lograra constituirla en buenas condiciones, es decir, formar una asociación que en un día determinado pudiera surtir la plaza de pan y carne, estableciendo tablas reguladoras de los precios, por fuerza influiría en arrojar sin violencia de estas transacciones todos los intermediarios que encarecen la vida interponiéndose entre el agricultor y el ganadero, y los consumidores.

Creemos que conviene fijarse en este asunto, y que cada cual debe ayudar al Ayuntamiento exponiendo con franqueza sus ideas.

Escritas las líneas anteriores, leemos en La Época que se ha constituido una asociación para tomar en arriendo el servicio del matadero y combatir el monopolio de la venta de la carne. Los nombres respetables que figuran en la lista de suscrición abierta en la Asociación General de Ganaderos, y las cantidades ya aportadas, nos hacen esperar mucho de tan importante sociedad. ¿No podría hacerse un servicio igual, con una asociación que tuviese por objeto abaratar el

pan, el vino, el aceite y los combustibles? El abuso es ya tan cruel, que no hay otro remedio sino que los vecinos de Madrid defiendan de este modo su estómago y su bolsillo, porque no creemos que haya ninguna capital en que se saquee de tal modo al vecindario. Se puede decir que en Madrid la propiedad no existe: tan mermada está por los picotazos que dan en ella las aves de rapiña.

⛏

Se ha hablado tanto en este siglo, que al público que llenaba en otro tiempo las tribunas, ávido de emociones políticas, ha sucedido un público de curiosos, que asiste a una tertulia de confianza, en donde hablan en voz alta los hombres más en boga. Así se ha podido satisfacer en estos días oyendo explicar en el Congreso la causa de no haberse hecho la conciliación que se procuraba entre los diversos grupos liberales, explicación de la cual resulta que si antes de la aclaración estaban obscuros los hechos, después de explicados quedan todavía más obscuros

Por las discusiones del Congreso hemos sabido con satisfacción el acto de cortesía realizado por el Sr. Castelar, con motivo de la enfermedad del Rey niño. Hace un año, la Reina Regente tuvo la atención de dar el pésame al gran orador republicano, que acababa de perder a su hermana: el Sr. Castelar ha felicitado a la Reina por la salvación de su hijo: aquel pésame y esta felicitación son dos actos de consideración particular que honran a quienes los hicieron y que revelan alteza de sentimientos.

El triunfo de la Srta. Pacini cantando la Somnámbula ha sido una de las emociones de estos días: la Srta. Pacini ha tenido la fortuna de hacer olvidar con su talento y su juventud hasta la famosa causa del

asesinato del escribano Gouffé, que es hoy el asunto europeo por excelencia. Tiene razón un periódico al hacer notar que aquel proceso puede dividirse en capítulos y formar una novela interesante. Falta el epílogo todavía, que no podrá escribirse mientras Eyrandel asesinóse pasee libremente por América. ¿Continuará en los Estados Unidos? ¿Se habrá refugiado en alguna de las repúblicas del Sur? ¿Leerá estas líneas? Y si las lee, ¿sonreirá creyéndose completamente seguro? ¿O temblará temiendo ser descubierto por eso que llamaba Edgardo Poe el corazón revelador?

Como la epidemia ha dejado convalecientes a la mitad de los vecinos de Madrid, creemos hacerles un favor anunciando que se han abierto las cámaras de temperatura en el establecimiento de Aguas sulfhídricas y sulfurosas artificiales que dirige el doctor don José Olavide, en la calle de Olózaga, núm. 1. Los enfermos pueden tomar, preparados por estufas húmedas y secas, baños y duchas sulfurosas de vapor, aromáticos, hidrargíricos, etc., además de los servicios hidroterápicos e inhalaciones de que hablamos en la inauguración de aquel establecimiento salutífero, donde hay también camas de sudación y de descanso y cuantas comodidades y servicios se encuentran en los balnearios a la moda.

Como es un establecimiento útil en esta época de enfermedades, y puede devolver la salud a alguno de nuestros lectores, llamamos su atención con el mayor desinterés, porque no tenemos parte en el negocio.



Hablábase de la cuestión de subsistencias y la necesidad de abaratar la vida en esta capital.

—Sólo conozco un medio, pero es infalible —decía un cesante.

—¿No comer?

—Ese tiene un inconveniente: que no se puede prolongar. El mío es vivir a costa ajena.

⛏

—¿Conque dices que ese hombre tan respetado no es respetable?

—Ha engañado a todo el mundo.

—Menos a ti.

—A mí también. Yo le he formado causa dentro de mi conciencia, le he enviado a presidio y se me ha escapado siempre.

⛏

—No me explico de qué manera viaja ese gigantón —decía un joven contemplando al egipcio que se exhibe en la calle de Alcalá.

—Pues es muy fácil: cuando le remiten al extranjero, sus dueños le desarman.

⛏

La señora sacude a su marido, que da, durmiendo, desaforados gritos, y le dice:

—Despierta, Juan, despierta.

—¿Qué es eso?

—Que tienes pesadilla.

—No, mujer: me has cortado un sueño delicioso: no te lo perdonaré jamás.

—¡Pero, hombre, si dabas unos gritos lastimosos!

—Estaba cantando un aria en el teatro Real.

—¿Y cantabas aquello? Pues te he evitado una silba.

José Fernández Bremón.

⭐

8 de febrero 1890.

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

N.° V

CRÓNICA GENERAL.

Crónica mortuoria puede llamarse hasta ahora la nuestra en el año actual. Empezó con un gran tenor y un gran barítono, luego un rey, después un gracioso, y en la presente, se da el caso de haber muerto

en Madrid, en poco más de veinticuatro horas, cuatro grandes de España, que llevaban los títulos de Toreno, Puñonrostro, Nájera y Moctezuma. Representantes todos ellos de casas ilustres, el Conde de Toreno, por su edad y por hallarse en el ejercicio activo de la vida política, ha producido en el público, con su prematura muerte, la más honda sensación. Hijo del gran tribuno e historiador de la guerra de la Independencia; orador también, aunque pecaba de dar siempre excesiva solemnidad a los asuntos, y Presidente que había sido del Congreso, y Ministro, Gobernador y Presidente del Ayuntamiento de esta capital, estaba llamado todavía a ocupar las más altas posiciones, por ser uno de los hombres más adictos al Sr. Cánovas del Castillo, y uno de los personajes más caracterizados y en juego dentro del partido conservador.

Al estallar la revolución de 1868, figuraba entre la juventud del partido moderado; contóse entre los vencidos, y fue uno de los que trabajaron desde entonces por la restauración, ya influyendo en la prensa, en los círculos y en la organización de su partido, cuando eran en España muy escasos los que defendían aquella causa y tenían que manifestar con mucha prudencia sus ideas. Fue también uno de los que intervinieron eficazmente en la fundación del partido liberal-conservador, fundiendo los restos más activos del partido moderado con la parte de la unión liberal que dirigía el Sr. Cánovas. Hallóle la restauración en lugar visible y preferente y recompensó sus servicios utilizando su lealtad y sus talentos.

No era el Conde de Toreno un estadista de esos que brillan en primera línea por condiciones personales eminentes. Y sin embargo, tenía un talento claro y dotes de mando, de instrucción general y de palabra para desempeñar con decoro y autoridad las más altas posiciones oficiales, en las cuales hizo siempre un papel respetable. Espíritu recto

y justo, político honrado, y convencido de la justicia de su causa, no desconocía por pasión los derechos del adversario, sino que los amparaba cortésmente. Bajo y lleno de cuerpo, y de rostro encendido y cabello rubio, tenía de la raza germánica la apariencia y la firme serenidad de sus convicciones...

Ni un solo grupo del Congreso dejó de hacer justicia a las cualidades de aquel cumplido caballero cuando se notificó a la Cámara la noticia de su muerte. Desde el Presidente hasta el novel diputado don Miguel Moya, que acababa de jurar su cargo, todas las fracciones de la Cámara rindieron un tributo espontáneo, sentido y rara vez tan unánime a la memoria de don Francisco de Borja Queipo de Llano y Gayoso, conde de Toreno. Era un visto bueno que daba la nación, en el término de una carrera política clara, honrada y correcta.

El fallecimiento repentino de Su Alteza Real don Antonio de Orleans, duque de Montpensier, ocurrido en las cercanías de Sanlúcar de Barrameda el 4 del corriente, nos impone la delicada obligación de hacer un juicio biográfico de aquel alto personaje, honor que declinaríamos con gusto, a ser posible, por temor de que la pluma no corresponda a nuestra intención, de ser a la vez respetuosos y severos. Que sólo así entendemos se puede servir al público y a la verdad, sin faltar a las conveniencias, ni herir el sentimiento de los que le lloran, ni golpear sobre la tumba recién cerrada en el panteón de los Infantes.

Don Antonio de Orleans, hijo de Luis Felipe y marido de la infanta de España doña María Luisa Fernanda, hermana única de doña Isabel II, se había distinguido como militar en su juventud, siendo herido en África; y desde el destronamiento de su padre el Rey de los franceses, ocurrido en 1848, residió casi siempre en Sevilla, Sanlúcar y Madrid,

dedicado a la administración de sus bienes, que prosperaron mucho bajo su inteligente dirección. Su vida, durante los veinte años que mediaron desde la citada fecha a la del 68, fue correctísima y modesta: alejado de los asuntos públicos, dedicado a su familia y aficionado a las faenas agrícolas y a las artes, gozaba la reputación de príncipe ilustrado, económico, cortés, sencillo y, sin carecer de energía, exento de ambición. Y no faltaban personas serias que, satisfechas de su capacidad y buenas prendas, se lastimaban de que no hubiera sido rey de España, como esposo de doña Isabel II, según había deseado Luis Felipe y no pudo efectuarse por el veto de Inglaterra. Don Antonio de Orleans tenía, pues, en España, no un partido militante, como Felipe Igualdad en el reinado de Luis XVI, ni Luis Felipe en los de Luis XVIII y Carlos X, sino una reputación personal que le era favorable.

Repentinamente y sin preparación, el Duque de Montpensier intervino en los asuntos públicos, aconsejando a la Reina en una carta célebre que modificase su política en ¡sentido liberal. El príncipe extranjero se mezclaba personalmente en nuestros asuntos interiores, y en favor de los que conspiraban contra el Gobierno. ¿Fue un consejo desinteresado y familiar, disculpable aunque ilegal e incorrecto? A falta de pruebas contrarias, debemos aceptar la versión más favorable a don Antonio de Orleans. El Duque de Montpensier fue desterrado a Lisboa, y desde entonces los que preparaban la revolución de Septiembre tuvieron fondos. Triunfante ésta, apareció por primera vez en España el Duque de Montpensier como pretendiente a la Corona.

No hemos de recordar la lucha de candidaturas en aquella época en que estuvo el trono vacante, ni los esfuerzos del Duque para que el trono de que había sido privada su familia volviera a ésta, por vía de restitución en su persona. Y resultó en aquel nuevo período que el

Duque de Montpensier, que antes de la revolución tenía popularidad y carecía de partido, tuvo partido y perdió su popularidad. ¿Intentó recobrarla al enviar sus padrinos al infante don Enrique, hermano del rey don Francisco, con motivo de un impreso en que aquél le injuriaba? Una mañana los madrileños nos levantábamos conmovidos con la noticia de que el Duque de Montpensier había muerto de un pistoletazo, en desafío, al infante don Enrique. Las gentes acudieron a la casa mortuoria, situada en la plazuela de Santa Catalina de los Donados, donde el infante estaba rodeado de una guardia masónica con estoques, que hacía los honores al difunto. El entierro fue una manifestación anti-montpensierista, y la candidatura fracasó por completo.

Sería inútil omitir hechos de tanto bulto, que recuerdan todos los periódicos, están frescos en la memoria de todos y consigna la prensa de entonces, hasta en grabados, como puede verse hojeando La Ilustración de Madrid. La lucha por el trono vacante, las polémicas, intrigas, manejos y vicisitudes de aquel período pintoresco e interesante, darán animación a la historia de la revolución cuando se escriba por completo y con imparcialidad. El Duque de Montpensier figurará, y no en segundo término; la crónica hallará un arsenal de datos en los artículos laudatorios de los periódicos que defendían su candidatura, en los violentos artículos de los que la combatían en serio y en broma, con caricaturas y canciones.

El Duque de Montpensier volvió a la vida privada. El tiempo apaciguó las luchas y borró distancias que parecían infranqueables. La razón hizo oír sus consejos y se sobrepuso a la pasión. Mediaron intereses de Estado, brotaron sentimientos, que sirvieron para soldar lazos rotos con violencia; diez años después de hecha la revolución, doña Mercedes de Orleans daba su mano a su primo el rey don Alfonso, y la

muerte deshacía poco después aquella unión; más tarde, volvía a reanudarse la alianza de familia con el casamiento de la infanta doña Eulalia y don Antonio de Orleans, hijo de los Duques de Montpensier.

Desventuras posteriores, la muerte de tres hijos, la vejez y sus desencantos habían devuelto a la figura del Duque de Montpensier la representación pacífica de sus primeros tiempos. Ha muerto a los sesenta y seis años de edad, entre las gentes de quienes era más estimado, y olvidado de aquellas a quienes más había favorecido. Su muerte hace meditar: paseaba en su carruaje y distinguió unas perdices en el campo; hizo detener el coche y tomó la carabina: gran tirador, todas las probabilidades estaban en contra de la vida de las perdices: bajó del coche el Infante, y quedó muerto, mientras los pájaros volaban. ¿Aprovechará la leyenda algún día este episodio? ¿Dirá que aquellas aves, sabiendo que debía morir en aquel sitio y viendo que el coche pasaba de largo, le invitaron con su cuerpo a detenerse para que cumpliera su destino?

Para que nuestra crónica sea exclusivamente mortuoria, el telégrafo anuncia la muerte del gobernador general de Cuba, teniente general de ejército don Manuel Salamanca y Negrete, ocurrida en la Habana, en la noche del 6, a consecuencia de una afección biliosa, y cuando se ocupaba en realizar en aquella administración un extenso programa de reformas.

Tenía cincuenta y siete años de edad, y había nacido en Burgos; era hijo del Conde de Campo Alanje, y de aquella célebre Condesa que acribilló a su generación con epigramas dignos de Quevedo: ni aun su hijo se libró de los dardos satíricos de aquella lengua aristocrática.

El general Salamanca tenía como militar una historia muy nutrida de

servicios, y habiéndose siempre señalado como hombre de guerra, activo, arrojado e inteligente, supo demostrar que poseía el raro dualismo de ser a la vez hombre de guerra y de bufete, si bien esta última cualidad la convertía en arma de combate. Lo que le distinguió entre los generales, dándole una personalidad saliente y casi teatral, fue la tenacidad y perseverancia con que acometía en el Parlamento a los Ministros de la Guerra a quienes hacía oposición. El general Salamanca era un guerrillero parlamentario incansable, molesto y pegajoso, que en lugar de abatirse por los reveses, volvía a la carga con mayor brío y decisión. Y era tan natural en su organismo aquella acometividad, que no se encontraban seguros de ella sus mismos amigos. Acaso influía en su conducta el haber hecho estudios muy extensos y tener un archivo extraordinario de datos acerca de las cuestiones palpitantes de la milicia, que le ponían en disonancia con muchas ideas admitidas y corrientes.

Su actitud en el conflicto de las Carolinas, es decir, la devolución de la condecoración prusiana que había recibido del Príncipe Imperial, si fue censurada por unos, le valió en aquellos momentos gran popularidad. Entre sus muchos proyectos, tuvo el de mejorar la situación de los militares por medio de una sociedad cooperativa, para proporcionarles económicamente los artículos principales de la vida. Una ligereza, aprovechada por un periódico de oposición, dejó sin efecto su nombramiento de gobernador superior de Cuba, que hubo de volver a extenderse. El general Salamanca podía prestar servicios en aquel cargo importante: el general Salamanca ocioso era una pesadilla parlamentaria.

Ha muerto en plena actividad, lleno de proyectos y esperanzas. Sus mismos enemigos lamentan su muerte prematura y reconocen sus excelentes cualidades.

—Dicen que has robado.

—Es una calumnia.

—¿Y qué vas a hacer para defenderte? —Nada; la calumnia no mancha.

—No; quita el pedazo.

El enfermo presenta el pulso a su médico y le pregunta con timidez:

—¿Cree usted que estoy grave?

—¿Es usted título de Castilla?—pregunta a su vez el médico.

—No, señor.

—Entonces no hay cuidado: en estos días sólo sucumben las gentes principales.

Gabriela Bompard, la coautora o cómplice del asesinato de Gouffé, se ha puesto de moda en París.

Esperemos en las primeras láminas de los periódicos de modas esto o algo parecido:

«Ultima elegancia: trajes escotados que pueden servir para el baile y para la guillotina.»

José Fernández Bremón.

☆

15 de febrero 1890.

CRÓNICA GENERAL.

No se puede negar a los Orleans actividad extraordinaria y el arte de aprovechar todas las ocasiones para crearse partidarios y promover en torno suyo movimientos de simpatía popular. Y como la insistencia es una energía, y en política todas las energías se imponen y ejercen influencia a fuerza de insistir, rara vez deja de estar en juego esa familia. Esta vez ha tocado el turno de la notoriedad a Luis Felipe de Orleans, duque de Orleans, primogénito del Conde de V París, y el heredero de los derechos de la rama francesa de Borbón en opinión de los que juzgan prescritos los derechos de don Carlos de Borbón a la corona de Francia. Dicho joven, en ausencia de su padre que viajaba hacia la isla de Cuba, abandona su residencia de Inglaterra, donde cumplía la ley que destierra de su país a los pretendientes á la corona de Francia y sus primogénitos; se presenta en París alegando el patriótico deseo de ser alistado en el ejército francés, y consigue ser entregado a un tribunal que 1c condena, en cumplimiento de la ley de destierro, a dos años de cárcel.

Este acto ha sido considerado de maneras muy diversas, según las inclinaciones políticas de cada parcialidad. Para unos, ha sido un juvenil arranque de patriotismo, un rasgo de valor, un deseo de cumplir la obligación de reclutamiento y vestir el uniforme francés a conciencia del castigo, y un ansia de arrostrar peligros, para atestiguar con su resignación respeto a las leyes y a la magistratura del país. Hecho personal, espontáneo y desinteresado y gentil calaverada de

muchacho. Personajes de la nobleza, damas de alta cuna y de las clases inferiores, han sentido palpitar su corazón ante aquel atrevimiento; se han llevado coronas a la estatua de Enrique IV; ha sido vitoreado el Duque de Orleans, y los periódicos han elogiado su serenidad, corrección y prudencia ante el tribunal, comentando y repitiendo sus frases los periódicos.

Los partidos hostiles a las pretensiones orleanistas han juzgado con dureza la acción del Duque de Orleans. Para ellos, todo ha sido una comedia ensayada: el viaje del Conde de París, el primer acto para facilitar el desarrollo de la acción sin fuga ni desobediencia; se ha recordado que ese Duque de Orleans había vestido antes el uniforme ingles, faltando a las leyes de su patria; han ridiculizado su afán por comer el rancho del soldado, mientras le servían en la prisión manjares suculentos; le han dicho que ha podido presentarse modestamente en un consulado francés si hubiera tenido un escrúpulo legal de sus deberes en el alistamiento, duda que no podía existir con una ley de proscripción tan terminante, y que la pretensión de ser soldado no era sino una excusa para adquirir popularidad, dar ánimo y calor a su partido, hacer contraste con Boulanger, que huyó de ser juzgado, y afirmar sus pretensiones ambiciosas.

Todo eso se ha dicho por una y otra parte. Por la nuestra, si hemos de hablar sinceramente, debemos confesar que, a nuestro juicio, el Duque de Orleans, primer interesado después del Conde de París en acrecentar el partido orleanista, y joven de entendimiento, según ha demostrado ante el tribunal, sabía perfectamente que iba a realizar, no un acto personal, sino político. En este concepto, sin negarle patriotismo, creemos que debió contener algo la expresión de su deseo de sufrir las privaciones militares, que por su situación y por su alcurnia nunca había de sufrir. Hay en su acción atrevimiento político,

pero hay también algo que resulta teatral y que en tiempos como los presentes, tan analíticos e incrédulos, se repara con facilidad.

No nos atreveremos a hacer ningún pronóstico respecto de los resultados de la presentación del Duque de Orleans en la vida pública. Desde luego ha pasado de la obscuridad de la familia a la notoriedad europea, y esto es en política un gran paso, y en pueblos como el francés, sin celebridad nada se logra. Sí creemos que la actual República no será para él ruda carcelera, a menos que sobrevengan cambios y acontecimientos imprevistos.

Si fuéramos monárquicos franceses, hubiéramos preferido al joven Duque de Orleans preso y juzgado en Francia por visitar a su novia, mejor que por su afán de probar el rancho del soldado.

Por lo demás, en política como en todo, el resultado es el que decide si acierta o se equivoca el que ejecuta un acto público, y no se pide verdad, sino verosimilitud, que es muy distinto.

Tienen razón los monárquicos al reírse de los alborotos diarios que se promueven en las sesiones que celebra actualmente en Madrid la Asamblea republicana que trata de hacer la coalición entre los que defienden aquella forma de gobierno. Tienen razón los republicanos al defender a los suyos, alegando que esos alborotos son naturales en todo cuerpo deliberante, como puede observarse leyendo los extractos de sesiones de todos los Congresos políticos del mundo.

Tienen razón los monárquicos al burlarse de las peleas y dicterios que se promueven en la citada Asamblea con el objeto fraternal de conciliarse. Tienen razón los republicanos al recordar la lucha reciente a que dio ocasión, entre las diferentes fracciones del Congreso, otro

proyecto de conciliación.

La palabra conciliación es muy hermosa; pero tiene el inconveniente práctico de ser una de las que más se prestan a que los correligionarios se tiren unos a otros los trastos a la cabeza.

La gran cuestión que se ha ventilado en estos días ha sido la de si debían considerarse como individuos de la Comisión de acuerdos los actuales diputados a Cortes republicanos. Nuestro amigo particular el doctor Esquerdo, a quien habían llamado paloma candorosa por defender la coalición, se opone a que entren en la Comisión los diputados a Cortes, por creerlos gavilanes. El Sr. Salmerón, a quien no se puede negar que tiene un pico de oro, defendió a los supuestos gavilanes. Un delegado de la autoridad asiste a las sesiones.

—¿Usted es de los gavilanes o de las palomas? —le dijo un concurrente.

—Ni lo uno ni lo otro. Yo soy la autoridad, y vengo a ver si algún pájaro se desmanda, para meterle en una jaula.

⛏

En Portugal no han producido buen efecto ni las frases lacónicas del discurso de la Corona, ni las discusiones que ha producido en Inglaterra. Las manifestaciones populares han ido en aumento, mezclándose algo en ellas la pasión de los partidos o aprovechándolas el Gobierno para reprimir a los exaltados. En Inglaterra no ha faltado quien censure y tache de brutal el ultimátum dirigido por el Gobierno inglés a una nación digna y de fuerza y recursos inferiores.

Pero si entre el Gobierno portugués y los que desean desahogar públicamente su justa irritación hay oposición de criterios, abogando los unos por excitar los ánimos y el Gobierno por calmarlos, en el fondo todos deben caminará un mismo fin: unos quieren colérica y arrebatadamente satisfacer su patriotismo, y los otros proceden con más prudencia; pero sería triste que la cólera de los unos y la frialdad de los otros se emplease, no en defender sus intereses, sino en aumentar las divisiones de su patria. Esto es lo que nos parece incuestionable.

La Exposición de blanco y negro en el Círculo de Bellas Artes, de que en otra sección se ocupa mi compañero Martínez de Velasco, ha merecido de toda la prensa de Madrid elogios que deben enorgullecer a los artistas que en ella toman parte. La Exposición fue nocturna en los primeros días, y continúa siéndolo; pero ha habido necesidad, a ruego de familias distinguidas, y con buen éxito, de abrir la Exposición desde las seis hasta las ocho para que pueda ser visitada por los que comen tarde o luego asisten al teatro; la segunda visita se puede hacer desde las nueve de la noche hasta las once. Una suscritora nos consulta si las conveniencias sociales permiten asistir a la Exposición a los que se hallan de luto. Nuestra contestación es afirmativa: una Exposición no es diversión, sino estudio; y cuando más un recreo o distracción sencillos del espíritu. Si los que están de luto no pudieran entrar en un salón donde se exhiben cuadros, tampoco podrían hojear un álbum ni abrir un libro con láminas. La sociedad no tiene exigencias tan extremadas, y nuestra interesante suscritora abriga escrúpulos excesivos, en el mero hecho de hacer esa consulta; los muscos y las exposiciones son capillas o templos del arte, y la de blanco y negro ni aun tiene el llamativo del color, y casi, casi, rigorosamente hablando, es una Exposición de medio luto.

No nos ocuparemos de ella aquí, por estar encomendado su examen a persona competente. Además, la circunstancia de pertenecer a la comisión organizadora del Certamen, que preside el Sr. Lhardy, y haber trabajado asiduamente día y noche en su instalación, nos impide hacer comentarios que pudieran creerse interesados. Sólo diremos que es la primera Exposición de blanco y negro que se verifica en Madrid, y que ha de influir, a nuestro juicio, favorablemente en que la atención pública dé valor e importancia al arte, difícil en su misma sencillez, que sabe dar color sin color y expresar la belleza sin más recursos que la línea y el claro- obscuro.

Además de las hijas del aire, que vuelan como palomas dentro de una habitación, y que merecían otra suerte mejor que la de vivir en esa jaula; además del gigante y el enano y de las ascensiones en globo que se verifican los días festivos, Madrid ha recibido en estos días, para recreo y solaz de los curiosos, dos colecciones de fieras. Perdónennos los seres racionales si les incluimos en el mismo párrafo que a los ex habitantes de la selva. Sólo puede existir entre unos y otros asociación de ideas, por haber llegado a Madrid en una misma época y disputarse la atención pública como notabilidades de rango y categoría diferentes. Del mismo modo llaman a las gentes en una feria, con bombo y platillos, rótulos y muestras y todo género de anuncios, el gimnasta y el fenómeno; el vendedor ambulante y el fondista.



Hace pocos días no había en Madrid más fieras que los escasos huéspedes de la Casa del Retiro, ya tan familiares para muchachos y niñeras, como el gato de la vecindad. Hoy se anuncian dos colecciones famosas y distintas que, a decir verdad, no hemos podido ver, por impedírnoslo el trancazo, que nos detiene en casa algunos días hace.

Pero en el reposo forzado del catarro, nuestras meditaciones no han podido resolver este problema:

—¿Por qué estábamos tan escasos de fieras y hoy tan visitados? ¿Es que se han dado una cita en Madrid osos, panteras, tigres, jirafas y elefantes?

Entran dos paletos en una botica, y dice el de más edad al dependiente:

—¿Es aquí donde se despachan coplas nuevas que no hayan sido cantadas? Se quieren para una boda.

—Esto es una botica, buen hombre.

—¡Vaya, y qué noticia! Pues eso bien se entiende por el olor y por los frascos.

—Entonces ¿cómo viene usted aquí a pedirnos versos?

—Pues ¿no son cosa de botica?

—¿Está usted en su juicio?

—Chico, vámonos—dice al comprador su compañero—¿no sabes que en Madrid se estilan otras cosas?

—Vámonos; pero en el pueblo el que quiere versos en la botica los encarga; como que sólo el boticario sabe hacerlos.

—Cállate, hombre: es que en estas boticas grandes no dan nada sin

receta.

Un muchacho quiere ver al gigante, pero sólo tiene cinco céntimos.

—¿Me deja usted entrar? Sólo tengo cinco céntimos, y doy, por verle, toda mi fortuna.

—No puede ser.

—Me taparé un ojo.

—¿Ver un gigante de su tamaño por cinco céntimos? Imposible.

—Bueno: tome usted la moneda y dígale que me enseñe sólo un pie.

Entra en el despacho de un ministro un antiguo condiscípulo a pedirle una colocación.

—Cuéntate por colocado —le dice el ministro despidiéndole con cariño.

—Supongo que esto será verdad: tengo derecho a que seas franco conmigo.

—Y voy a serlo, chico: sólo a ti te diré, con toda reserva, que mientras soy ministro nunca hablo de veras.

La señora hace sonar el timbre y se presenta un criado.

Señora. —¿Ha almorzado la perrita?

Criado. —Voy a servirla los bizcochos.

Señora.—¿La han lavado ya?

Criado. —Están templando el agua.

Señora. —¡Ah! tiene en el hociquito mucha lana y está fea. Avise usted para que vengan a cortarle esos pelitos.

Criado (inclinándose profundamente).—¿En qué peluquería?

José Fernández Bremón.

☆

22 de febrero 1890.

CRÓNICA GENERAL.

La actitud del Emperador de Alemania, favorable a las pretensiones de los obreros, es, no sólo el hecho más culminante de la política de actualidad, sino uno de los más dignos de fijar la atención del estadista.

El triunfo de las candidaturas bulangeristas en las elecciones del Sena es uno de los fenómenos más curiosos que puedan ofrecerse al que sigue con atención las fluctuaciones de la opinión pública en Francia.

La muerte del Conde de Andrassy, antiguo ministro de Estado del Imperio austro-húngaro, un acontecimiento de más interés para la historia pasada que para la política del día.

Las tendencias del Emperador de Alemania, que juzgan peligrosas algunos de sus consejeros, nos parecen bien inspiradas y prudentes. No somos de aquellos que tienen estereotipado en su caletre el lugar común que aplican a todo lo antiguo, y que titulan romper los moldes viejos: suelen, los que eso dicen, hacer como aquel personaje de Alfonso Karr, que desechaba el frac negro porque estaba algo averiado, y se ponía el frac azul, que era anterior al otro, para volver a vestir el negro cuando el azul iba empeorando. Dicho esto, no se achacará a manía nuestra destructora la buena impresión que nos produce la política imperial. Si los liberales de hace medio siglo morían defendiendo la Constitución del 37, dentro de otro medio siglo ninguno se explicará que nadie haya muerto por defender ese librito, como hoy no nos explicamos que perezca ningún individuo por defender el Código penal. Los hombres del presente, al tratarse de revoluciones o reformas, o las rechazan, o las miran con indiferencia o ahondan más, no por las etéreas regiones del derecho, sino en el terreno de los hechos. Nosotros, que preferiríamos volar como los pájaros, a hundirnos en el fango como las ranas, no podemos menos de confesar que, a nuestro juicio, empieza a imponerse, como síntesis de las aspiraciones modernas, un ideal común que no excederá en grandeza al de la contabilidad por que se rigen las necesidades materiales de un cuerpo de ejército, pero que tiene ciertas bases de equidad y de justicia que conviene atender para quitar al monstruo del socialismo las garras y los dientes. Y le llamamos monstruo, no porque no sea menos monstruoso otro cualquier sistema social, sino porque su triunfo habría de ser sangriento, y no lo merece un simple cambio de postura de la doliente humanidad. Si los políticos viejos tienen la ilustración de la experiencia, los políticos jóvenes tienen presentimientos admirables; y así como aquellos sienten más vivamente llegar hasta su espíritu las emociones del ayer, los otros

tienen los sentidos más despiertos para aspirar las emanaciones y las ráfagas del porvenir. Esto le sucede al joven Emperador de Alemania. Presiente que la manía colectiva del siglo que se acerca será la de convertir el mundo en un taller donde trabajen los demás. Ya hoy hasta los más holgazanes se llaman hijos del trabajo, aunque en toda su vida no hayan tenido más trabajo que mascar. Trabajadores se llaman los que no encuentran trabajo, y el capital, trabajo acumulado. Acaso no pasará todo Je buenas palabras y de símbolos. El Emperador tic Alemania para ser ídolo de su tiempo no necesitaría más que variar uno de sus atributos: dar a su cetro la forma de un martillo. Y todos los años, en una ceremonia que podía llamarse la fiesta del trabajo, dar un martillazo en público, sirviéndole de yunque la cabeza más impopular del Imperio.

Si el sufragio universal es la voz del pueblo, el departamento de! Sena, centro de la cultura francesa, es bulangerista. Si ese departamento no es partidario de Boulanger, el sufragio universal no significa nada. Pero si es partidario del emigrado de Jersey, la mayor representación del departamento del Sena, centro de la moda, no ha estado a la moda en estas elecciones.

El Conde de Andrassy ha necesitado morirse para figurar de nuevo en primer término: doce años fuera de la vida oficial, son para un hombre de Estado el olvido en estos tiempos. Había sido una de las figuras más notables del Imperio: en su juventud, como revolucionario húngaro; en su edad madura, como experto diplomático; en todas épocas, como hombre a la moda y gentleman perfecto. Usamos esa palabra en inglés, porque sólo en inglés significa lo que era el ex ministro de Estado, a quien se atribuye en primer término la alianza de los imperios de Austria-Hungría y Alemania, y la ruptura de ambos con Rusia para sustituirla con Italia. Sólo por este concepto y por la fama

de sus talentos políticos, el Conde de Andrassy se hizo renombre europeo.

Murió tres veces: dos en efigie y una de muerte natural. La primera vez leyó en Londres la noticia de haber sido ahorcado en efigie por revolucionario; la segunda supo en Viena que le habían vuelto a ahorcar en su patria por anti-revolucionario. El público devora con ansia los detalles de las ejecuciones. ¡Con qué interés leería en una confortable y segura habitación el Conde de Andrassy la descripción de las suyas! Y después de ahorcado, ¡con qué satisfacción se pondría en su cuello la corbata de batista!

La presentación del Sr. don Francisco Silvela en el Círculo de la Juventud Conservadora, y el discurso pronunciado en aquel acto por dicho orador y el jefe del partido Sr. Cánovas del Castillo; la terminación de las tareas de la Asamblea republicana, después de algunas sesiones muy acaloradas, y la interpelación hecha en el Congreso por el diputado don Miguel Moya, a propósito de la estación naval, o dique, o lo que fuera, que proyectaron construir los ingleses en Gibraltar, es lo más interesante en política interior ocurrido en los últimos días.

El discurso del Sr. Moya, si como acto parlamentario le colocamos entre los sucesos interiores, tenía importancia internacional como protesta contra la invasora política británica, y voz de alerta en previsión de nuevas intrusiones. La declaración del Sr. Ministro de Estado de que el tratado de Utrech, que es la fuente de derecho respecto de la posesión de Gibraltar, está de hecho modificado en la práctica, nos induce a establecer la siguiente conclusión, en vista de cómo cumplen los ingleses sus tratados:

España, ni ninguna otra nación que no tenga una fuerza positiva de gran potencia, no deben en manera alguna, si son llamadas a Congresos internacionales, suscribir ningún compromiso, porque esos pactos no obligan a los fuertes, y merman, hoy con un objeto, mañana con otro, parte de la soberanía de las naciones pequeñas. No hay contrato posible donde una de las partes queda comprometida al cumplimiento en aquello que la perjudica, y la otra es insolvente por carencia de buena voluntad.

Respecto de Gibraltar, España es quien debe poner un dique a las usurpaciones y al contrabando.

Raras veces ha cruzado por Madrid entierro más acompañado y seguido de carruajes que el de don José Abascal, penúltimo presidente del Ayuntamiento de Madrid, secretario del Senado, y gran cruz de casi todas las órdenes españolas. Había sido en su juventud un exaltado progresista, de esos que defendían las barricadas en los días de pelea, y al siguiente o pertenecían a la Junta revolucionaria vencedora o tenían que emigrar al extranjero. Comandante de la milicia, concejal, diputado y senador, pertenecía al número de los hombres activos y populares que llevaban tras sí a los electores, unas veces a las urnas, otras al combate. Amigo leal del Sr. Sagasta, éste correspondió a su adhesión con puestos honoríficos y de confianza. No era persona de gran cultura literaria, pero se hacía entender cuando decía claridades, mientras que a menudo suele suceder que no sea expresivo lo correcto: el Sr. Abascal aplicó la voz infundios a ciertos embrollos administrativos muy corrientes.

Ha muerto en la desgracia, en una de esas oscilaciones que produce en Madrid la gestión municipal: había hecho mejoras en la población; había hecho grandes servicios personales a su partido en los días de

desgracias, y muchísimos favores a toda clase de personas. Acaso su hotel no estuvo muy concurrido en los últimos días de su vida, pero se le ha enterrado con toda pompa. Descanse en paz el ex alcalde de Madrid.

También ha muerto el día 14, en Medina Sidonia, el venerable anciano don José Pardo Figueroa y Manso de Andrade, regidor perpetuo de la ciudad de Cádiz y persona muy considerada.

Cuando el Dr. Tebussem recibió en Madrid tantas pruebas de simpatía, se le arrasaban en lágrimas los ojos pensando en la emoción que experimentaría su padre al saber las atenciones que se guardaban a su hijo. Aquel padre era don José Pardo y Figueroa.

Morir pasados los noventa años entre familia tan cariñosa, es quedarse dormido sonriendo.

En Pinto ha fallecido el poeta don Enrique Segovia Rocaberti, versificador ameno y culto, autor de algunas piezas dramáticas e ingenioso redactor de El País. Ha muerto joven, de una enfermedad del pecho, dejando en algunos tomos de poesías pruebas de su talento, que hacen lamentar las producciones que se pierden con su muerte prematura.

Por último, ha pasado también a mejor vida el pintor don Francisco Jover Casanova, natural de Muro, en la provincia de Alicante.

Según refiere Ossorio y Bernard en su Galería Biográfica de Artistas Españoles del siglo XIX, presentó en la Exposición de 1862 un cuadro de Colón conducido a España por el capitán Villejo; en la del 64, íntimos momentos de Felipe II, y desde entonces en casi todas las que

se celebraron, ya oficiales, ya privadas, obteniendo premios de consideración. Deja sin concluir un cuadro de carácter oficial, que habiendo sido encargado al señor Casado, ni aun llegó a proyectarle.

Era el Sr. Jover hombre de gran actividad, y había formado entre los artistas una especie de fracción. Deja una vacante en el profesorado del Conservatorio de Artes. Son suyos algunos de los lienzos que hay en San Francisco.

La mayor parte de los periódicos vuelven a insistir en el tema inagotable de los extravíos de cartas, valores e impresos, confiados al ramo de Correos; y como la cosa continúa siendo intolerable, y las pérdidas que se sufren de gran consideración, unimos nuestra voz a la de la prensa para que se vea de poner remedios eficaces. Desde luego, hay uno para disminuir las pérdidas en la remisión de valores pequeños, que es rebajar el precio de los certificados, fijándolos en veinticinco céntimos. Expurgar el personal de todo empleado sospechoso, y asegurar la posición de la gran mayoría honrada, haciendo de su profesión una carrera.

De nada sirve que los caminos reales y de hierro estén libres de malhechores si otros más hipócritas asaltan las vías reservadas de la correspondencia pública y privada, por donde circula la riqueza nacional. Los empleados de Correos deben ser la Guardia civil de esos caminos de confianza.



Don Cosme está muy afligido: hace un mes que debía haber llegado la fragata en que venía su esposa, confiada al cuidado del capitán del buque, persona respetable y gran amigo suyo.

Un día corre a la playa don Cosme al saber que acababan de arribar algunos náufragos en una balsa. Lleno de emoción distingue a su amigo el capitán, que se arroja en sus brazos sollozando.

—¿Y mi mujer?

—La salvé la vida en el naufragio colocándola en mi balsa: cuando escasearon los víveres le di casi toda mi ración hasta el punto de quedar extenuado.

—Gracias, gracias.

—No me pregunte usted más: yo quería entregársela a usted sana y salva; pero no lo pude remediar, me la he comido.

Perico sale de caza: como es tan económico y la diversión algo cara, pregunto a su mujer, y ésta me da algunos detalles.

—Gasta menos que nadie.

—¿Pues qué hace?

—Para ahorrarse la pólvora, tira los perdigones con la mano.

—¿Y cómo lleva escopeta?

—¿Y por qué la había de dejar en casa? El gasto de la escopeta ya está hecho.

Marido y mujer disputan sobre quién tiene peor genio, y convienen en

interrogar a la doncella. Esta resiste a decidir la cuestión, hasta que apremiada por los dos, dice ruborizándose:

—Pues bien: tiene peor genio el señorito.

Cuando el matrimonio queda solo, dicen a la vez los esposos:

—¿Lo has oído? Tú tienes peor carácter.

—¿Pues no dijo la doncella que tú? —pregunta con asombro la señora.

—Si tal —replica el señor;—y cuando la pobre muchacha se atrevió a decidir en contra mía, demostró que la inspiras más temor: luego tú tienes peor genio.

Ponche que hemos proyectado para entonar el estómago en los tiempos de epidemia:

La raja de limón acostumbrada.

Azúcar a capricho.

Un poco de canela.

Esencia de azahar.

Polvos de azufre.

Agua escasa y mucho ron.

Una o dos guindillas.

No lo hemos probado todavía: si alguien lo toma, le rogamos que nos avise el efecto de ese líquido. Nosotros hacemos estas mezclas; pero no las probamos hasta ensayarlas bien en un amigo.

José Fernández Bremón.

⭐

8 de marzo de 1890.

CRÓNICA GENERAL.

La suspensión del diputado M. Labouchere ha producido en Inglaterra gran agitación. Aquel miembro del Parlamento británico acusó al jefe del Gobierno de haber facilitado la fuga de algunos personajes aristocráticos, a los que se achacaban delitos vergonzosos: desmentido por lord Salisbury, el diputado declaró que no le inspiraba fe ninguna la palabra del Ministro, y no queriendo retirar aquella frase, la mayoría pidió el nombre del orador, lo que equivale en la Cámara inglesa a privarle de la representación impersonal a que da derecho la elección popular por un distrito.

Dos cuestiones graves ha suscitado aquel acto: la acusación, mal desvanecida por el Gobierno, que hizo Mr. Labouchere, y que descorre de nuevo el velo de la corrupción de aquella sociedad tan escrupulosa en apariencia y tan inmoral en sus costumbres privadas, y la independencia del diputado, coartada en el mero hecho de tener que someterse a una interesada afirmación ministerial. La situación del Gobierno inglés, sin ser realmente peligrosa, resulta algo molesta y

desairada.

Más peligros ofrece acaso la del Gobierno francés por haber aceptado la invitación para la conferencia de Berlín, por lo que afecta al patriotismo francés, el que el Gobierno de París se haya prestado a discutir los temas con que Alemania trata ele conjurar los peligros interiores con que le amenaza el socialismo.

Entre los sucesos recientes que llaman la atención del curioso, merece citarse la aparición de un nuevo libro de M. Drumont, que continúa acometiendo con vigor á los 'judíos. A las persecuciones que vienen sufriendo desde los tiempos más remotos, hay que añadir ésta, que puede titularse la persecución de M. Drumont. Entre los personajes a quienes el escritor francés supone comprometidos en la causa del pueblo de Israel, figura Boulanger.

Los judíos, por su parte, achacan los ataques del elemento antisemita a la envidia que causan sus méritos y prosperidad, diciendo que ellos no son culpables de contar proporcionalmente mayor número de hombres notables que la generalidad de los franceses.

No deja de ser orgullosa la respuesta de los que celebran su fiesta el sábado, es decir, el mismo día que las brujas.

El peligro del Gobierno francés ha sido conjurado por la habilidad del Ministro de Negocios Extranjeros, en su respuesta a la interpelación del Sr. Laur: de la contestación del Ministro se desprende que Francia sólo accede a la conferencia de Berlín por haber aceptado la de Suiza, de que aquélla es una simple reproducción, y lo hace con reservas.

El telégrafo transmite el siguiente párrafo, que nos concierne, del

intencionado discurso de M. Laur: «Dos potencias nos indican el camino que debíamos seguir: Rusia y España. Esta última, a pesar de tener intereses mineros de primer orden, no fue invitada a la conferencia. ¿Por qué? Para impedir a la hermana latina que nos queda que formase mayoría con nosotros.»

No nos quejamos del olvido: la conducta reciente de Inglaterra nos indica de un modo claro la utilidad de estos pactos, que cumple luego únicamente el que no tiene bastante artillería. ¿A qué hemos de entrar en ese negocio de minas para que otros exploten el filón? El socialismo en España es además menos peligroso que en otros países, porque aquí tenemos un refrán que resuelve la cuestión social. «Lo que hay en España es de los españoles», dice el adagio, y en efecto, así sucede: el que tiene algo recibe sablazos, y el que no tiene los da. Con esto, el cocido nacional, que iguala los estómagos, el tifus en los espectáculos, las recomendaciones, los tributos exorbitantes que absorben la riqueza para volver a repartirla, y la infinidad de destinos para ocupar a los que no tienen trabajo, no hay cuestión social

Añadamos otro nombre ilustre en la lista aterradora este año de los muertos. A las seis de la tarde de ayer falleció don Claudio Moyano Samaniego, que merece el título de .el último moderado por ser el último que mantuvo en el Parlamento la bandera y tradición de aquel partido.

Había nacido en Boedo de Toro, provincia de Zamora, en 1809. Estudió las humanidades y el derecho en las Universidades de Salamanca y Valladolid; fue alcalde de esta última población y capitán de la milicia, y luego rector de su Universidad. El año 1850 desempeñó el rectorado de la Central, y fue ministro de Fomento tres veces, en 1853, 1857 y 1864. Representó, casi consecutivamente, su distrito natal, desde el

año 1843, y era senador vitalicio desde hace tres años.

Don Claudio Moyano empezó su reputación parlamentaria en 1851, acusando de inmoralidad al Ministerio Bravo Murillo, y dos años después formaba parte de ministerio presidido por el general Lersundi, con el cual estuvo muy pronto en disidencia, por ser hombre intransigente en sus ideas y poco apto para la uniformidad de la disciplina. Su obra más importante fue la reforma de la enseñanza, en 1857.

Ha muerto representándose a sí mismo y formando un partido unipersonal, que tenía por dogma moralidad, unidad católica y Constitución de 1845. Más que elemento activo de la política, era un crítico de los gobiernos. En la época de su mayor actividad e influencia, los que pertenecían a su fracción se quejaban de su puritanismo, lleno de exigencias, que le impedían la entrada en el Gobierno, como si la oposición fuese su temperamento natural. Era un carácter firme y austero, a quien absorbía la política y que se resistía a ser servido por ella. Llevaba, al morir, veinticinco años seguidos haciendo la oposición a todos los gobiernos. ¿Qué más? Dinástico ferviente como pocos, fue sin embargo el único que se atrevió a pronunciar un discurso contra el primer matrimonio de don Alfonso, y a aquella valiente y solitaria protesta respondieron, si no murmullos perceptibles, ecos y palpitaciones ocultas en muchos corazones afectos al Monarca, no por la persona elegida, a quien el Sr. Moyano hizo justicia y separó delicada y personalmente de su crítica, sino invocando impedimentos morales y razones de alta dignidad.

Severo y majestuoso en su aislamiento, aparecía colocado, a manera de dios Término, en el linde que separa el sistema constitucional del absoluto, y sin embargo había empuñado en su juventud el sable del

miliciano y había combatido en las filas más avanzadas del partido moderado, contra el golpe de Estado que Bravo Murillo proyectaba, imitando a Napoleón III, y que no le permitieron realizar aquellos generales que lo mismo amotinaban una guarnición que un congreso, y a los cuales el célebre hacendista quería subir la faja desde la cintura a la garganta.

No era que don Claudio Moyano hubiese retrocedido; más estable que el terreno político en que se asentaba, éste se había deslizado por debajo de sus pies, dejándole atrás, cuando en realidad no había retrocedido un solo paso.

La Restauración no tuvo en cuenta su lealtad y sus servicios, como si comprendieran sus gobiernos que le bastaba la satisfacción intima de ver realizado el hecho que había deseado: la política paga con más gusto la evolución del adversario que los servicios del amigo seguro. Y los poderes se precian más de las cortesías que se hacen ante el estrado, que de las fatigas del centinela que defiende el edificio.

Sin embargo, la consecuencia del antiguo moderado había concluido por captarle cierta popularidad que no hubiera conseguido en las alturas de los consejos. Si no ejercía autoridad, tenía autoridad propia ante el público. Hasta la caricatura, exagerando las pronunciadas y originales líneas de su rostro, había hecho familiares para todos sus facciones. El Congreso Pedagógico, nombrándole presidente, le dio una muestra de gratitud y deferencia reconociéndole como uno de los pocos bienhechores del maestro.

Luchando vigorosamente con la edad, 1 c hemos visto hasta hace poco pascar recto y erguido, como andador que ha sido infatigable; su bigote recortado, y rostro obscuro le distinguían de los demás,

dándole la apariencia de hombre de otros tiempos. En su vida privada era de trato afectuoso y ameno, y su casa de Fuentelapeña, modelo de hospitalidad, no sólo para los correligionarios, sino para sus mismos adversarios políticos.

La muerte, al herir a don Claudio Moyano, si no derrumba nada grande, derriba en la patria algo firme y sólido digno de respeto.

A las necrologías de nuestras crónicas anteriores tenemos que añadir la del académico de la Española de la Lengua, don Luis Fernández-Guerra y Orbe, antiguo funcionario público y persona notable por su ilustración y sus diversas aptitudes. Era abogado, hombre de administración, dibujante, erudito, arqueólogo, poeta, autor dramático y correctísimo prosista. Estudió las humanidades bajo la dirección de don Alberto Lista, y fue discípulo de don José Madrazo en la Academia de San Fernando: empezó a escribir en el periódico la Alhambra, que se publicó de 1839 al 43: su primer comedia se estrenó el año 1848, y demostró la variedad de su talento cultivando con éxito casi todos los géneros literarios. En la Biblioteca tic Autores españoles coleccionó las obras de Moreto, ilustrándolas con un prólogo excelente, lleno de erudición y noticias nuevas e interesantes; e ingresó en la Academia el 13 de Abril de 1873, a donde le condujo su obra de más empeño, la biografía laureada del gran poeta Don Juan Ruiz de Atarean, libro ya agotado y que basta por sí solo para fundamento de su fama.

La obra maestra de don Luis Fernández-Guerra no es sólo un libro que revela vastísima lectura y prolijas y felices investigaciones; ni la ordenada y más copiosa colección biográfica del ilustre poeta mejicano; ni la crítica concienzuda del teatro de Alarcón: todo eso es, y además es un libro amenísimo e interesante, en que se resucita y hace

vivir con color y movimiento una de las épocas más gloriosas de nuestra historia literaria, con tal verdad y relieve, que hace la ilusión de la misma realidad. En sus páginas se asiste a los estudios de Méjico y Salamanca y las escenas curiosas de la vida escolástica: evocada por el autor, surge allí la ciudad de Sevilla, con sus fiestas, academias, su casa de Contratación y las costumbres de aquel tiempo; Madrid en el siglo XVII, con sus poetas y sucesos más notables de aquella época; se asiste a las representaciones dramáticas en el alcázar, a los vejámenes y academias, y se ven pasar Cervantes, Lope, Góngora, Quevedo, en formas humanas, con sus pasiones y buenas y malas cualidades, sin que el autor incurra nunca en la vulgaridad de repetir lo ya sabido, sino iluminando con nueva luz cada personaje. La habilidad de don Luis Fernández-Guerra en aquel libro-monumental consiste en dar tal claridad á los sucesos en que Alarcón se vio mezclado en las épocas obscuras de su vida, que por la descripción de lo que le rodeó se viene en conocimiento hasta de las ideas y sentimientos que iluminaron su mente e hicieron palpitar su corazón.

Era don Luis Fernández-Guerra hombre modesto y exento de toda petulancia. Su figura era simpática y venerable al mismo tiempo. Sus ideas y aficiones le inclinaban al culto del pasado, aunque no tanto como a su hermano, el sabio académico, de reputación europea, don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.

Otros dos personajes notables han fallecido en estos días: los Sres. Marqueses de Monistrol y de Múdela.

⛏

Un corresponsal francés asegura que los ladrones chinos son los más hábiles del mundo, por lo cual rara vez son descubiertos o presos. En

prueba de su destreza, cuenta el siguiente caso ocurrido en Cantón:

«Celebraba su audiencia pública un tribunal, cuando un obrero, con una escalera en el hombro, entró en la sala, descolgó el reloj, colocado en la pared sobre la cabeza del juez, y volvió a salir tranquilamente.

»Era un ladrón.

Un hombre muy corto de vista se quedó ciego, y fue

a darle el pésame un amigo suyo.

—Compadezco de veras tu desgracia.

—Pues no hay de qué: te aseguro que apenas lo he notado: veo casi lo mismo que antes, y no tengo que gastar dinero en anteojos.

Se batió a pistola un hambriento, y le dieron un balazo en el estómago.

El médico, al reconocer la herida, meneó tristemente la cabeza.

—No es posible extraer la bala—dijo.

—Por eso no se preocupe usted—respondió el herido-como haya caído en el estómago, la digiero.

—Muchacha, ¿quién ha llamado?

—El criado de don Pedro Novo y Colson.

—Dile que entre.

—Si no le he querido abrir.

—¿Por qué, muchacha?

—Porque me dijo que venía de parte de su amo a darle a usted La Bofetada.

—Llámale por el balcón, que esa bofetada la recibo con muchísimo placer.

—¿No observas qué a compás ladra ese perro?

—Habrá sido perro de poeta, y ladra en verso.

José Fernández Bremón.

⭐

15 DE MARZO DE 1890.

CRÓNICA GENERAL.

Los cronistas de la ciencia nos han alarmado en estos días con los cálculos hechos por el señor Enrique Hall, inspector de las minas de Inglaterra, rectificando los errores que se habían cometido en la apreciación de la cantidad y duración del combustible hullero, que es el alma y vida de la industria.

El ingeniero inglés, teniendo en cuenta que aumento del consumo del carbón excede en mucho a lo que se había supuesto, y que la riqueza de las minas es inferior a lo que se había calculado, por el coste y dificultades de la explotación de una parte importante de los yacimientos, manifiesta la convicción de que el combustible se agotará en unos ciento sesenta años, a menos de hacerse descubrimientos inesperados.

No sabemos si el agotamiento del carbón de piedra en las demás regiones mineras conocidas ha de producir, en un término relativamente corto para la vida de las sociedades modernas, la paralización de las industrias, y en qué época se ha de suscitar el conflicto supremo que detenga el movimiento de los ferrocarriles y la navegación de vapor. Si nuestro egoísmo puede estar satisfecho de que la falta de combustible no ha de molestar a ninguno de los nacidos en nuestro tiempo, el sentimiento de humanidad resulta lastimado ante la idea de los desastres que estamos preparando a nuestros sucesores, al dejar constituida la sociedad sobre cimientos que han de faltar un día necesaria y fatalmente.

Pero basta para producir una amenaza grave para el mundo la idea de que la provisión de combustible de la Gran Bretaña sea relativamente tan efímera. Su política previsora no ha de esperar de ningún modo a que se aproxime el día del abandono de sus minas, sin procurarse en otras regiones la sustitución del mineral, cuya posesión ha de ser, con el tiempo, ocasión de las futuras guerras. Desde luego se presenta un problema, que deben estudiar y meditar los gobiernos de todos los países. La propiedad de las cuencas carboníferas, que son el elemento de primera necesidad de la industria, y que pueden ser en el porvenir las que decidan de la vida o muerte de una nación, <puede

consentirse que permanezca a merced de los particulares, o de empresas que tengan derecho a enajenarlas a los extranjeros? ¿Conviene modificar la actual legislación, expropiando lo que puede algún día afectar a la vida del Estado, o tomar otras precauciones, siempre indemnizando los perjuicios que se originen? Los particulares no tienen motivo ninguno para alarmarse por estas amenazas tan lejanas: no así los gobiernos, que así como sufren las consecuencias y aceptan los compromisos del pasado, tienen el deber social de preparar el porvenir.

Casi al mismo tiempo han sido derrotados en las Cámaras respectivas los Gobiernos de Francia e Inglaterra; pero sólo el Ministerio francés ha presentado su dimisión. La crisis de Francia puede titularse la crisis de las pasas, porque ha producido la derrota del ministerio Tirard en el Senado el temor de los cosecheros franceses de que entren en Francia a bajo precio las pasas de Turquía, a consecuencia de las negociaciones entabladas entre el Gobierno francés y el del Sultán. Los cosecheros de Francia han temido una competencia de vinos artificiales en su mercado que alterase el precio de los vinos naturales. Esta es, por lo menos, la versión más admitida en la prensa francesa, por más que a nosotros nos extrañe esa abundancia de vinos naturales en el país de los artificios, pues es sabido que el adelanto y la habilidad de los franceses les permite ser cosecheros sin necesidad de tener viñas. Lo que tal vez les haya escandalizado es la competencia con vinos que iban a tener jugo de uvas, siquiera fuesen secas.

La supresión de veinte Audiencias de lo criminal, que se trataba de impedir y no se ha conseguido, ha revuelto en estos días a la mayoría del Congreso español, y ha producido alguna que otra disgregación en los demás partidos, siendo la más notable la desautorización hecha por el Sr. Cánovas del Castillo de la conducta del Sr. Vizconde de

Campo Grande, contrario a la supresión de las Audiencias, por recaer la censura en un conservador antiguo y benemérito, que por primera vez cometía un acto de indisciplina. Sin duda el Sr. Cánovas daba gran importancia al hecho, y la tenía en realidad para el jefe conservador, toda vez que, acusando al Sr. Sagasta de no hacer cuestión de gabinete la economía que se trataba de realizar en el presupuesto, claro es que, al sostener su teoría, no podía incurrir en la contradicción de dejar libre la cuestión a sus amigos.

Ello es que la supresión de las Audiencias produjo gran excitación en la Cámara; un pugilato oratorio entre los Sres. Cánovas y Sagasta; momentos de agitación tumultuosa, y una votación interesante por lo incierta. Fue un incidente económico que adquirió las proporciones de gran acontecimiento político y dejó a muchas gentes disgustadas.

Una niña muerta al nacer y nacida antes de tiempo, hija de la infanta doña Eulalia, ha sido entregada a la comunidad que guarda en el panteón del Escorial las cenizas de la familia Real de España.

La viuda del general Gándara, y don José Antonio Albareda, hermano de nuestro embajador en Londres, han bajado al sepulcro en estos días, con verdadero sentimiento de cuantos los trataron.

Otra desgracia, no sabemos si natural o violentamente producida, ha causado en Madrid penosa impresión: la muerte del Sr. Donderis, secretario de la Audiencia de Madrid, y persona muy estimada y muy simpática. Las dramáticas circunstancias de su fallecimiento, ocurrido ya por la penosa impresión que le produjo una responsabilidad en que había incurrido, ya por no querer sobrevivir a ella, han merecido de toda persona generosa triste y profunda compasión.

Murcia ha sufrido de nuevo los estragos de la inundación que periódicamente asuela sus tierras fértiles y hermosas: esta vez no ha sido el agua únicamente la actora material de los destrozos, aunque haya sido la causa; hasta los montes se han movido, desprendiendo rocas enormes y amenazando poblaciones, que se veían a la vez combatidas por dos peligros graves,

Triste situación: el agua subiendo de abajo; las piedras cayendo de las alturas. ¡ Pobre Murcia!

El presidente del Ayuntamiento de Madrid, Sr. Mellado, ha convocado a la prensa de esta capital para discutir y acordar la manera de celebrar este año la clásica festividad de San Isidro, con novedades y alicientes que atraigan forasteros y compensen al comercio las pérdidas que ha experimentado en estas pascuas, con motivo de la epidemia.

No es fácil inventar diversiones públicas: cada cual se divierte a su manera, pero no sabe cómo entretener a los demás. Desde luego, la fiesta que se proyecta tiene una base: la romería secular en la pradera, que ha ido perdiendo gran parte de su animación y su alegría, por haberla abandonado las gentes de dinero y que dan tono a las fiestas. Sin perjuicio de los espectáculos y de cualquier otro pensamiento, creemos que podría intentarse, sobre la base de la concurrencia a las inmediaciones de la ermita, la construcción de tiendas por los casinos y familias acomodadas, para animar con bailes y tertulias al aire libre la ribera del Manzanares. En otros tiempos así sucedía, ya en la pradera del Corregidor, ya en la misma de San Isidro. Los periódicos podrían tener también sus tiendas, aisladas o una colectiva, y lo mismo los cuerpos de la guarnición, las agrupaciones y los gremios. Con la circunstancia de que la salud pública nada perdería con unos

días de campo para oxigenar al vecindario.

Podría hacerse alguna revista militar: sacar procesionalmente el cuerpo del patrón de Madrid, dando a esta fiesta religiosa una solemnidad oficial y un aparato digno de la corte, e idear cuantos festejos ocurran a la fantasía de la comisión encargada del proyecto.

Continúan estrenándose en París obras teatrales que se pueden llamar de malas costumbres. Una de las últimas se titula M. Betsy, es decir, un hombre que en vez de dar su apellido toma el de su mujer. Se trata de un hogar en que viven familiarmente y en serio una Eva y dos Adanes de un modo natural y como la cosa más corriente: al fin de la comedia, roto uno de los lazos, quedan solos el marido y la mujer, pero se aburren. El lector comprenderá lo que echan de menos, y la comedia termina sustituyendo con un nuevo pretendiente el individuo que faltaba para reconstituir el triunvirato.

El telón bajó en el último acto en medio de un silencio triste, a pesar de la excelente ejecución. Si para no pasar por autores inocentes se necesita escribir con cinismo y grosería; si la literatura consiste en ensuciar el pensamiento revolviendo indecencias, los dramas y las novelas del porvenir se escribirán en mancebías, y el arte del autor concluirá por ser un oficio degradante.

La Antropología, revista de esa ciencia, que ha empezado a publicarse en París, inserta la descripción que han hecho del cráneo de Carlota Corday los sabios antropólogos Sres. Topinard y Benediks.

«Es un cráneo hermoso, regular y armónico, que tiene toda la finura y las curvas un poco redondas, pero correctas, de los cráneos femeninos. Es pequeño, y su capacidad puede calcularse en un buen

término medio. El ángulo facial es excelente.» Sólo le encuentran un defecto, que no saben si lo es o constituye un atractivo: tiene la frente estrecha.

Carlota Corday resulta absuelta de su crimen por la ciencia. La verdad es que el asesinato de Marat es uno de esos actos que producen perplejidad al ser considerados. Se necesita toda la repugnancia que inspira el homicidio, para condenar el de aquel demagogo sanguinario. Hace falta transigir algo con la conciencia para aplaudir aquella acción. Pero si la ciencia nos asegura que el proyecto y la ejecución del homicidio se concibió y decidió en un cráneo bien equilibrado y armónico, el ánimo se inclina a absolver a Carlota Corday: esto es lo más científico.

Por cierto que aquella calavera había sido expuesto en la Sección antropológica de la Exposición Universal por el príncipe Rolando Bonaparte. Y nosotros preguntamos: ¿con qué derecho y en virtud de qué título posee el Príncipe francés el cráneo de la matadora de Marat? Es común entre los médicos y naturalistas la propiedad de esqueletos y calaveras, pero son anónimos; desde el momento en que los restos tienen un nombre conocido, son dueños de sí mismos y no pueden tener propietario, á menos de constar la cesión en el testamento de la persona a quien los huesos pertenecen.

Poseer momias y esqueletos humanos, es practicar la esclavitud de ultratumba. Y como no concedemos a los que nos sobrevivan el derecho de poseer nuestro cráneo, aunque si sucede no lo podremos evitar, negamos al príncipe Bonaparte la legitimidad de los derechos con que se ha apropiado el cráneo que los antropólogos le envidian. Figurémonos que alguno se lo roba; ¿tendrá derecho a reclamar como suya aquella calavera?

Esa posesión de huesos ajenos nos recuerda las escenas graciosas de una novela de Dickens, entre mister Venus, anatómico y comerciante en esqueletos, y el cojo Silas, que trataba de rescatar los huesos de la pierna que le habían amputado y el otro había adquirido. Mr. Venus, que se había quejado de la adquisición por la mala forma de la tibia, que no encajaba en ningún esqueleto regular, apenas se entera de que Silas quiere comprarla, pretende darle valor.

—¿No decía usted —exclama el cojo—, que mi pierna es defectuosa y que hizo usted un mal negocio al comprarla?

—Es verdad —contesta Mr. Venus —pero puedo hacerla valer como monstruosidad.

—Si vas al pueblo, no te hospedes en casa del albéitar.

Pues ¿qué sucede?

—Es sonámbulo y todas las noches entra en el cuarto de los huéspedes.

—No importa; mi sueño es muy profundo.

—Peor; al que se descuida le pone una herradura.

—¿En qué te ocupas?

—Estoy escribiendo una novela, y para mayor exactitud, tomo los apuntes sobre el terreno.

—¿Será pesado?

—¡Ya lo creo! llevo tres días y he contado las hojas de un arbusto; mañana empiezo a describir un hormiguero, y estoy en el primer metro cuadrado del paisaje.

—¿Y qué sucede allí?

—Nada, absolutamente nada: mi novela es la descripción de un país deshabitado.

Un curioso se acerca a una pobre que pide limosna a la puerta de una iglesia.

—¿Cuántos años hace que pide usted en este sitio?

—Veinte, señor.

—Pues todo ese tiempo la he visto a usted con un niño en los brazos. ¿Tiene usted la bondad de decirme si es el mismo?

—¡A ese! ¡al ladrón! —grita un hombre asomado a la ventana.

Los transeúntes detienen al fugitivo, que protesta de su inocencia, diciendo a grandes voces:

—Soy un hombre honrado.

—Mientes, bribón —replica desde la ventana el denunciador.

—¿No soy tu amigo?

—Sí, lo eres, y valido de ese título, todos los días entras en mi casa y me robas dos horas de trabajo.

José Fernández Bremón.

⭐

22 de marzo 1890.

LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA.

N.° XI

CRÓNICA GENERAL.

La crisis de M. Tistza y de M. Tirard, en Austria Y Francia, son crisis parciales y de escasa significación en la política internacional; pero la dimisión y reemplazo del Príncipe de Bismarck tiene la importancia de una crisis europea, y discurren acerca de ese hecho trascendental todos los periódicos del mundo. «Es la caída de un gigante», escriben unos; «es un cambio de dinastía», observan otros; y todos están conformes en dar al hecho categoría excepcional. En efecto, si la retirada es real y no una estratagema—que en cuestiones de alta política siempre debe contarse con la posibilidad de que no sea cierto lo que parece más evidente;—si en efecto el leader de Europa ha dejado de ejercer su ministerio, puede decirse con exactitud que ahora y sólo ahora ha concluido el reinado del viejo emperador Guillermo y empieza el de su nieto. Cosa extraña: el que había tenido

hace poco más de veinticinco años opinión y fama de gran perturbador diplomático, produce, al caer, el efecto de desprenderse del edificio político uno de los pilares en que descansa todo lo existente. Y es que perturbó para crear, y su obra, buena o mala, vino a ser, y es al presente, una de las bases del organismo europeo; y su gran capacidad, con que se contaba para resolver problemas arduos, falta y deja un gran vacío en las esferas donde se dirigen los acontecimientos. Con frecuencia tenemos que ocuparnos de sucesos notables dentro de la semana, que sabemos se considerarán insignificantes cuando se lean a distancia: la retirada del Príncipe de Bismarck es un acontecimiento histórico.

La causa no está clara, a nuestro juicio, y la dejamos al estudio de plumas y entendimientos más expertos: la presentación y el discurso del Príncipe de Bismarck ante la conferencia de Berlín, demuestran, a nuestro entender, que el motivo de la crisis ha sido posterior a este acto, pues no se hubiera aguardado para aceptar su dimisión a momento tan solemne y en ocasión que le desautorizaba ante los representantes europeos, a menos de suponer ligereza, informalidad y poco tacto en la dirección de la política alemana. Comprendemos que se vacile mucho antes de aceptar la dimisión de un personaje como Bismarck; pero ya decididos a ello, no nos explicamos que se haga sin gran deferencia y en condiciones honoríficas, lo cual no resulta interrumpiendo sus funciones de un modo brusco en representación tan importante. Por eso creemos que la tirantez de relaciones en que se hallaba el político alemán debieron agravarse por algún hecho de índole desconocida.

¿Es que el emperador Guillermo II ha esperado este momento para dar ante toda Europa el primer martillazo, de que hablábamos hace días medio en broma, medio de veras, y ha elegido la cabeza del

coloso? No ha podido hallar mejor yunque para que resuene el martillazo, que la frente más poderosa de Europa, la del hombre a quien todos hemos elevado en vida, moralmente, una estatua, llamándole el Canciller de hierro.

El general Caprivi, nombrado para sustituirle, ha sido ministro de Marina, aunque nunca perteneció sino al ejército terrestre. Indudablemente es hombre de aliento y energía, toda vez que se ha determinado a arrostrar las dificultades de una sucesión tan comprometida. Cualquier hombre puede sustituir a otro; pero reemplazar al Príncipe de Bismarck intimidaría a todo el que no tuviese seguridad en sus fuerzas o soberbia presunción. Y eso que, a nuestro juicio, lo más difícil es suceder a los malos ministros, que dejan tras sí toda la administración desorganizada, no a los que la han organizado. Pero tiene el inconveniente de que necesitaría hacer milagros el nuevo canciller para que no recuerden las gentes rutinariamente al otro canciller, al legítimo e indiscutible, al Príncipe de Bismarck.

Algunos periódicos dan noticias biográficas del general Caprivi: nos parecen inútiles: aunque sean curiosas, ahora es cuando empieza la historia de dicho personaje. Hoy por hoy, toda la prensa repite que el emperador Guillermo II quiere ser su propio canciller; no se puede manifestar de un modo más claro e indirecto que el general Caprivi no tiene personalidad. Es juzgarle demasiado pronto. Pero ningún emperador puede ser canciller de sí propio, sino devorando antes algunos cancilleres.

La huelga enorme de los trabajadores de las minas de carbón en la región septentrional de Inglaterra ha sido conjurada en los momentos en que empezaba a producir en las industrias lo que algunos

periódicos ingleses llaman hambre de carbón. La cifra de los huelguistas, que algunos periódicos elevaron a doscientos mil trabajadores, y que otros reducen a setenta y nueve mil, equivale, aun en su número inferior, a un gran ejército. Esas masas de hombres, tan disciplinadas, que a una simple orden de sus jefes obedecen ciegamente, suspendiendo el trabajo con que viven y sometiéndose á las mayores privaciones, constituyen el fenómeno más digno de estudio de nuestra época, en que el individualismo tiene tales raíces, que todo conspira contra la disciplina. Los huelguistas ingleses han conseguido un aumento de 10 por 100 en sus jornales: y como esto significa que le basta decir «quiero» a esa masa organizada para imponerse al capital, claro es que empieza a verificarse en la propiedad colectiva una transformación de hecho, pues en realidad va estando intervenida y codisfrutada por lo que hasta ahora no tenía voz, ni voto, ni derecho, sino la obligación de someterse a las condiciones en que se estimaba su cooperación. El fenómeno es importante, y se reduce a que al monstruo acéfalo del trabajo, que sólo tenía pies que andaban, manos que tejían y daban martillazos, cuerpo robusto que empujaba y entrañas que sufrían, por una evolución geológico-moral le ha nacido la cabeza. A su aspecto terrible, toda la sociedad se ha conmovido, y fijando su vista en el ídolo de oro, frío e impasible, todo cabeza y cálculo, parece como que le dice: «Completa tu organismo, ya que todo se transforma; en el medio social en que vives, no prosperarás si no tienes corazón.» Y en el conflicto que amenaza a todos, por el choque de las fuerzas contrarias, entre las cuales nos hallamos colocados sin movimiento, surge otra voz, la de la Iglesia, recordando a todos sus deberes por el interés común, como si se experimentase la necesidad moral de suspender las misiones al África salvaje, al Asia y la Oceanía, para evangelizar de nuevo al mundo civilizado.

La organización de los trabajadores ofrece sin embargo otros problemas a la consideración del hombre de Estado y del curioso. ¿Tiene carácter de permanencia, o es un movimiento de agrupación momentáneo y producido por el oleaje de las ideas dominantes, y a manera de síntesis de los sentimientos más generalizados? ¿Conduce al desorden, o es el principio de una gran armonía que empieza disciplinando lo indisciplinable, para concluir en una sociedad simétrica hasta adquirir la monotonía del tablero de ajedrez? Esa cabeza que ha brotado al monstruo ¿será postiza? ¿Se habrá colocado sobre sus hombros la de su mayor enemigo, que le obliga á obedecerle y tomar como pensamientos propios los ajenos? Yo no sé si esos trabajadores organizados mejorarán algo, materialmente, al disciplinarse; pero han perdido parte de su libertad, y sufrirán, pronto o tarde, los abusos de ese poder oculto en cuyas manos han caído.

Una carta publicada en estos días en los periódicos, y Escrita particularmente a un amigo, nos da la triste noticia de haber perdido a su excelente madre el poeta cordobés don Antonio Fernández Grilo, nuestro buen amigo y colaborador. Dos días hace asistíamos en el templo de San Antonio de los Alemanes al funeral por el alma de don Ángel Cuesta, hermano de los respetables editores de ese apellido. Otro querido amigo, el reputado pintor don Enrique Estevan, ha sufrido en estos días la pérdida de un precioso niño de dos años y medio. También ha fallecido en esta corte doña Teresa Lamadrid, hermana de doña Bárbara y doña Teodora, estrellas que fueron de la escena, y madre de doña Carlota Lamadrid, la esposa del Sr. Sánchez de León, actores importantes de la compañía que dirige el Sr. Mario.

Por último, nuestro antiguo e ilustre colaborador el Excmo. Sr. don Mariano Zacarías Cazurro, ha perdido a su hijo don Mariano, médico distinguido de la Beneficencia municipal.

La necrología de estos días tiene para nuestro corazón un triste carácter: el de recaer la desgracia en personas de nuestro particular afecto.

Una noticia interesante para los aficionados a la lectura. Don Luis Alfonso, el cronista elegante y el escritor fino y ameno, ha reanudado la publicación interrumpida hace tiempo de sus libros. El que tenemos a la vista es un tomito titulado Cuentos raros . que no hemos podido leer, a pesar de nuestro gusto por esa clase de lecturas y por el talento del autor. Es como tener sed y la copa cerca y los brazos atados a la espalda. Felices los lectores que no tendrán la privación de satisfacer esa afición.

Un sabio dice haber averiguado la fecha del año en que ocurrió la erupción que sepultó bajo lavas y cenizas a Herculano y Pompeya. Sabido es que las excavaciones se hacen con muchísimo cuidado para sacar el molde de las personas, animales ú objetos ya deshechos que dejaron sus formas impresas en un hueco de la ceniza. Cuando los trabajadores hallan uno de esos huecos, se procede a echaren ellos una mezcla que se endurece y da el vaciado perfecto del cuerpo o del objeto allí enterrado.

M. Geofroy escribe a la Academia de las Inscripciones, que se han sacado en Pompeya dos vaciados de personas y el de un arbusto, con todas sus ramas, sus hojas y sus frutos, completamente intactos. Examinado este último por un botánico, demostró que era un laurel, cuyas bayas no florecen hasta fin de otoño, lo cual permite asegurar que la erupción del Vesubio se verificó el 23 de Noviembre, y no el 23 de Agosto como se creía generalmente, aunque la fecha fue muy discutida por estar en desacuerdo los autores que trataron del suceso.

La verdad es que parece extraño no se hayan hallado algunos otros indicios de la estación en que ocurrió aquella catástrofe.

El suceso parlamentario más notable de estos días ha sido la entrada en el Congreso de un caballero que quiso jurar el cargo de diputado, y que ya estaba a punto de conseguirlo, cuando notaron que llevaba una bota de charol y una zapatilla de paño, y que su nombre no figuraba en la lista de los representantes del país. Antes había querido tomar posesión de la secretaria de la presidencia del Consejo de Ministros. Posteriormente se creyó secretario del Senado. ¡Qué gracia tendría todo eso, si no inspirase verdadera compasión! Aunque, a decir verdad, tan efímeras son las posiciones oficiales, que apenas hallamos diferencia entre disfrutarlas realmente y hacerse la ilusión de disfrutarlas.

No notamos, por ejemplo, en qué se distingue el presidente honorario de una corporación, y el maniático que se cree presidente de la misma; el millonario que no gasta su dinero, y el loco que se juzga millonario.

Dos ciudadanos organizan un banquete patriótico. Se trata de que puedan tomar parte en la fiesta muchos individuos, para dar gran idea de la popularidad de su partido.

—El precio del cubierto es muy importante —dice el primer organizador;—no debe llegar a dos pesetas.

—Me conformo, con una condición.

—Aceptada desde luego: aquí no hay disidencias.

—Mi condición es que no le llamemos banquete, sino rancho patriótico.

—La civilización se abre paso por el interior de África —dice un viajero.

—No diga usted eso —respondía otro; —todavía hay antropófagos.

—No lo niego; pero en mi última expedición tuvimos una escaramuza en la que murió un amigo mío: los salvajes se llevaron el cuerpo, y envié una comisión con regalos para rescatar el cadáver para que no le devorasen.

—¿Le devolvieron?

—Sí, señor.

—¿Intacto?

—Intacto no; estaba ya trufado.

Pensamiento de un borracho:

—Bebo y bebo y no lo puedo remediar: esto no lo comprenden las gentes sosas por naturaleza. Los que bebemos con exceso, es porque tenemos en el cuerpo mucha sal.

—Papá, ¿qué quiere decir pueblo culto?

—Hijo mío, llamamos pueblo culto, o civilizado, aquel en que lo pasamos bien. Por lo tanto, si en el interior del África nos tratase

perfectamente el jefe de una tribu, diríamos con entusiasmo: «¡Qué cultura tiene este salvaje!»

José Fernández Bremón.

⭐

30 de marzo de 1890.

CRÓNICA GENERAL.

Válganos Dios, Sr. don Miguel Moya, y qué lio ha armado usted con el proyecto de la separación de mandos en Puerto Rico!

¡Válganos El mismo, señor teniente general don Luis Dabán, ya que el diablo le tentó a escribir la malhadada carta-circular a los generales, quejándose amargamente de los proyectos, informados, a su juicio, de un espíritu agresivo hacia el ejército; y a prestarse al interrogatorio, algo más peliagudo que la carta, publicado en El Ejercito Español!

Huyendo de la política, no nos habíamos ocupado del proyecto de la separación de mandos, sometido a una información parlamentaria. La cuestión se ha desviado resueltamente, y se ha convertido en otra de carácter general, que no podemos omitir al hacer la crónica de los sucesos más notables que surgen ante nosotros.

El caso es el siguiente. El general don Luis Dabán, el que inició el movimiento de Saguntoy que es hoy senador del reino, hallándose, o creyéndose para ello autorizado, por su carácter civil de senador, dirigió la carta-circular a todos los generales y brigadieres, hoy generales de división, a que hemos hecho referencia, pidiéndoles su

opinión, para informarse de las aspiraciones de la clase e inspirarse en ellas al hablar en el Senado. Nosotros, los paisanos, no vemos inconveniente en que un senador consulte a los de su profesión y defienda con la palabra sus intereses; y si al hacerlo invoca los de la patria, hasta podremos aplaudirle; aunque creemos que cuando un personaje acepta el puesto de senador, no representa allí a ninguna clase, sino a todas, y puede servirse a todas en una sola. Lo que no aceptamos es que se promuevan, con pretexto de consulta, antagonismos irrespetuosos e ilegales.

Pero se trata del ejército, y este se rige por leyes especiales, y tiene un organismo completo, y altos cuerpos consultivos, categorías y procedimientos suyos, y es el depositario de la fuerza. El acto del general Dabán ¿es allí tan inofensivo y natural como en otras clases, o perturba el organismo militar y sienta precedentes peligrosos? Lo ignoramos. Que contesten los militares, poniendo la mano en el puño de la espada. Desde luego, el acto del general Dabán, según confesión propia, no lo ha verificado ejerciendo funciones y derechos de su categoría militar, sino funciones de senador. En ese caso ¿tendrán el mismo derecho de dirigirse a los generales, coroneles, etc., los demás diputados y senadores? A nuestro juicio, la doctrina sana y correcta es que el ejército, que representa la fuerza del país, sólo puede estar representado por el Gobierno, formando un organismo de que este es la cabeza, organismo que se lesiona y padece cuando se le exigen funciones extrañas a su naturaleza: creemos además que esa doctrina es algo más: es la ley que obliga.

En cuanto al interrogatorio periodístico, diremos que sin duda ha debido haber en él equivocaciones de palabras y conceptos. ¿Cómo es posible que se ataque al elemento civil, es decir, al país, representado en todas sus formas legales, de que el ejército es uno de sus

miembros? Eso nos parece tan absurdo como si la mano derecha de un individuo se complaciese en golpearle la cabeza. Y en prueba de ello, el general Dabán invoca para defenderse sus derechos civiles de senador, que tiene en gran estima; y no es posible creer que ataque lo civil en aquello que le parece perjudicial y se acoja a ello en lo favorable.

El general Dabán es un militar valiente y que nos es, personalmente, simpático. Cada profesión da al individuo rasgos e impulsos naturales a que resiste difícilmente, y, sin querer, el militar pelea hasta cuando escribe. Por lo tanto, descartamos con gusto de los escritos que se le atribuyen frases y conceptos exagerados, y quisiéramos que, a ser posible, todo concluyera bien, como en las novelas optimistas.

Pero, contra el deseo que en su carta manifestaba, se han apoderado del asunto los partidos, y unos tiran de la casaca al general Dabán para que ataque al Gobierno, y otros tiran de la casaca al Ministro de la Guerra para que sea duro, y todo el país está pendiente de la carta, como si no hubiera conflictos mayores a que atender.

El Ministro de la Guerra presentó al Senado una Real orden, en la que se imponen al general dos meses de arresto, pidiendo autorización al alto Cuerpo para que se cumpla aquella corrección. Tomada en consideración por la alta Cámara, no sin seria oposición de los elementos civiles, podrá achacarse al Gobierno alguna omisión de fórmula, pero, mirado el asunto sin pasión, en el fondo, en lo sustancial, la conducta del ministerio es respetuosa con el Senado, toda vez que somete a su voluntad la corrección militar que ha impuesto al general. ¿Cree el Senado que el Gobierno se ha excedido de sus atribuciones? El Senado ha de decidirlo. No vemos el menor ataque a la inmunidad parlamentaria en entender que un general ha

incurrido en la pena de arresto, como militar, dictando una Real orden en ese sentido y sometiéndola al Senado para que decida la cuestión.

En realidad, no se trata, a nuestro juicio, de la inmunidad parlamentaria, o estamos tan obcecados, sin interés y sin rencor ninguno, que no llegan a nuestro entendimiento las sutilezas de los que aparecen alarmados. Sólo creemos que pueda haber alguna duda en si se han guardado con el general, no con el senador, las formalidades que previene la Ordenanza para la imposición de un arresto, que, en último caso, no es siquiera ejecutivo mientras el Senado no dé su consentimiento. ¿Y esta leve omisión, tan de fórmula en este caso, merece agitar los ánimos y tomar las proporciones de conflicto político y tiranía insoportable? Apelamos a todos los militares que sin ruido y a una simple orden han sufrido arrestos con la resignación de la disciplina, sin la cual los ejércitos serían la confusión armada o un congreso con fusiles, espadas y cañones.

Por nuestra parte, confesamos haber oído con tristeza, en boca de algún general, frases amenazadoras para el organismo político, que denuncian una perturbación de ideas deplorable. Y en cuanto a la representación de los partidos, asistimos a un fenómeno curioso, propio de las aleluyas del mundo al revés que nos entusiasman siendo niños.

Y en tanto que los políticos se ocupaban con tal interés de la dichosa carta y del arresto, a nadie se le ocurría preguntar si se conjuraba o se extendía la huelga de trabajadores, comenzada en Manresa y propagada en la región fabril de Barcelona; y eso que en ella se trataba de la subsistencia de millares de familias, de la paralización o curso de un elemento de riqueza nacional, y de todas las consecuencias que pueden acarrear estas crisis de la industria. Es

decir, del problema obscuro que amenaza a todos los pueblos y alarma en estos instantes a todos los Gobiernos previsores. Una huelga es siempre un hecho ruinoso y lleno de dificultades y peligros, y aun más si no está aislada en una región minera, sino que se realiza en una de las principales poblaciones de España, donde se hallan enfrente los adelantos y el organismo libre de la vida moderna, con el ejército de las aspiraciones futuras, que evoluciona en silencio, y organizándose en la sombra, aparece luego compacto y dando ejemplo de unión y disciplina. Con la circunstancia de que la voz misteriosa que los guía viene acaso de fuera.es decir, de un punto lejano en donde no duelan las heridas que pueda asestar en el corazón de un país.

Mientras la prensa alemana se complace en maltratar al canciller caído, éste ha sido objeto de una ovación popular al salir de palacio adonde fue para despedirse del emperador Guillermo.

Servir a su país durante una vida larga, engrandecerle y hacerle respetado, y como premio a esos servicios y tributo a una gran capacidad sólo obtener desprecio e ingratitud, no es cosa nueva entre los hombres, por más que sea odiosa.

Los que victorearon al coloso caído, protestando de la injusticia, volvieron por la honra de la humanidad y de su patria.

Vizcaya ha perdido un nuevo cronista, don Joaquín Mazas, el sucesor de Trueba, notable y malogrado escritor y periodista.

La popular escritora doña Emilia Pardo de Bazán ha sufrido la irreparable desgracia de perder en la Coruña á su padre, el Sr. Conde de Pardo de Bazán.

Reciban las afligidas familias nuestro pésame.

El nombramiento del popular autor dramático don Leopoldo Cano para secretario del Gobierno general de Puerto Rico, ha dado ocasión a una afectuosa muestra de simpatía, en un banquete que le han ofrecido los admiradores de su talento. Aunque no ha podido asistir a la despedida el que esto escribe, por razones de salud, se asocia de todo corazón a ese tributo cariñoso. El señor Cano es, además de un escritor ilustre', un hombre íntegro, que desempeñará honrosamente las funciones de su cargo; un militar pundonoroso y un buen español. Reciba nuestra afectuosa despedida.

Hermoso concierto es el organizado en el Centro del ejército y de la Armada, por los Sres. Sanchíz y Bonafós, a la memoria de Gayarre. La circunstancia de verificarse pocas horas después de escribir nosotros estas líneas, no nos permite hacer su descripción: compuesto de versos leídos por los Sres. Zorrilla, Echegaray, Palacio, Ferrari, Fernández Shau, Bonafós y otros poetas, y dirigida por el Sr. Arrieta la parte musical, promete ser un tributo digno y propio para la memoria del artista.

Al ejecutarse en Enguera una sentencia de muerte en garrote, la torpeza del verdugo, o la mala construcción del aparato, prolongaron la agonía del reo, siendo necesario que el ejecutor diese tres veces la vuelta al manubrio, con espanto y horror de los que presenciaban el castigo. Un senador, el Sr. Romero Girón, dirigió una pregunta acerca de aquel hecho al Sr. Ministro de Gracia y Justicia, el cual prometió que haría presente a los Presidentes de las Audiencias la necesidad de asegurarse de la pericia de los encargados de las ejecuciones capitales.

Cuestión terrible y complicada. Cuando vaca una plaza de verdugo, ¿quién puede establecer la competencia de los aspirantes que desean ocuparla? ¿Quién los examinará de verdugos, sino otros del oficio? ¿En qué forma harán las pruebas? ¿Dónde habrán practicado el arte de dar garrote? ¿Será necesario crear una escuela de agarrotar y hacer de ello una carrera y dar títulos a los más sobresalientes?

Lo sucedido en Enguera no es nuevo por desgracia, y ofrece duda por consiguiente la eficacia del instrumento que se adoptó como más propio para evitar a los reos sufrimientos repugnantes e inhumanos. La horca sería un retroceso. La guillotina tiene contra sí el derramamiento de la sangre. ¿Sustituirá al garrote la chispa eléctrica?

No queremos intervenir en este asunto horrible.

⛏

Don Bárbaro está cenando un pavo tristemente.

—Ya veo que usted no ayuna —le dice un amigo.

—¿Cómo que no, si estoy haciendo colación?

—¿Con un pavo entero?

—Sí, señor; en mi mesa, cuando como de veras, estas avecillas no son sino entremeses.

—¿Es verdad que los egipcios, al pedir dinero prestado, dejaban como prendas las momias de sus padres?

—Es verdad.

—Entonces me figuro los anuncios de aquel tiempo. « Se facilita dinero sobre ropas, alhajas y difuntos.

Leían en una taberna los detalles de la ejecución de Enguera ante un verdugo jubilado, que exclamó por fin con desprecio:

—¿Dice usted que el verdugo apretó tres veces creyendo en cada una que había acabado?

—Así está escrito. ¿Cómo pudo suceder esa barbarte?

—Eso sucede porque está el arte perdido, y porque no hay artistas ya.

—¿Y tu marido?

—¿Dónde ha de estar? Metido en su biblioteca.

—Eso hacía de soltero.

—Si está más casado con sus libros que conmigo.

—Eso es un caso de bigamia literaria.

José Fernández Bremón.

☆

8 de Abril de 1890.

CRÓNICA GENERAL.

El día 6 de Abril de 1884 falleció el inolvidable don Abelardo de Carlos y Almansa, fundador de La Ilustración Española y Americana. Su obra, cada vez más próspera, acredita la solidez de la inteligencia que la dio vida.

Los que mueren dejando tras sí elementos

de actividad y de riqueza que les sobreviven, tienen derecho a la gratitud y a la consideración de los que continúan el trabajo que aquéllos empezaron. Sin ese derecho, y por tributo a sus cualidades personales, le consagraríamos un recuerdo afectuoso en el sexto como en los anteriores aniversarios de su fallecimiento, y pediríamos, como pedimos a los lectores de nuestro periódico, que encomienden a Dios el alma de don Abelardo de Carlos.

Ni la Semana Santa ha separado a los que apoyan y combaten al general Dabán. Sin embargo, han tenido dos días de tregua, el Jueves y Viernes Santo, en que hasta descansan los cocheros; días de recogimiento, que sólo aprovecha en París la Sociedad de librepensadores, para dar sus banquetes de carne en protesta del pescado cuaresmal, seguidos de música y discursos para escandalizar o molestar a los creyentes. Esas comidas están en completa decadencia, y resultan ridículas calaveradas, propias de un jovencillo recién salido del cascarón, que quiere pasar por atrevido y terrible ante su tía la monjita. Un librepensador verdadero respeta el modo de pensar de los demás, y no protesta de la disciplina a que otros se someten, en uso de su derecho, y ve tranquilamente, sin odios ni

burlas, las prácticas de cada religión. Festejar la muerte de Jesucristo, que aun para los que no son cristianos es una figura histórica digna de consideración, supone pobreza de espíritu, indigna hasta de los descendientes de los sayones que le clavaran en la cruz.

En Madrid no ha alterado ningún hecho anómalo la tranquilidad de esos días solemnes y silenciosos, en que se suspende en parte la vida social. A nuestro juicio, la Semana Santa se celebra con más compostura que hace veinte años; el paseo del Viernes Santo ha decaído, y ya no es de buen tono; como no lo es hacer del templo lugar de cumplimientos sociales. El que cree, hace sus devociones con modestia, y el que no cree, respeta a los que tienen distintas convicciones.

Consignaba con tristeza hace poco un escritor francés volteriano, que la nueva generación francesa de las escuelas rechazaba el deísmo vago de fines del siglo último, prefiriéndole cualquiera religión positiva. La verdad es que si esa juventud sale verdaderamente educada, tiene que reformar mucho las ideas hoy predominantes: eso de que en la misma Francia un escritor tan popular como Daudet busque un nombre inglés, struggle for lifer, para significar al canalla que llama lucha por la vida al despojo de los demás en provecho propio, y se cree en la necesidad de protestar contra esa interpretación de la doctrina darwinista como cosa de estos tiempos, causa asombro, puesto que Robespierre ya protestaba de lo mismo en un discurso hace cerca de cien años.

Sara Bernhardt es la única que ha merecido fijar sobre sí la atención, siquiera tristemente, al empeñarse en recitar, ya que no la han permitido que lo representase, el papel de la Madre del Salvador en un Misterio, en forma dialogada, leído en público en un teatro de

París. El resultado no correspondió a la soberbia de la célebre judía.

Los franceses han bloqueado la costa del Dahomey, y preparan fuerzas para castigar al soberano de aquella bárbara nación, donde cada vez que muere un rey se sacrifican centenares de víctimas humanas, como aquí se degüellan cerdos a principios de Noviembre. El bloqueo de un país salvaje que no tiene relaciones con ningún pueblo culto, nos parece, ó una precaución excesiva, ó un temor de que alguien trate de hacer negocio, facilitando armas y municiones a los dahomeyanos en contra de la civilización.

Si esto es cierto, debemos dar gracias a Dios de que los negociantes no tengan medios de entablar relaciones con las fieras, porque les venderían cañones y fusiles para que se defendiesen de los hombres.

Las manifestaciones de simpatía que ha hecho y continúa haciendo al Príncipe de Bismarck el pueblo de Alemania son tan elocuentes, que no pudiendo ser negadas por los periodistas que celebraron su caída, se explican por medio de un distingo, y es, que si bien los alemanes le dan esos testimonios de afecto por sus servicios, no por eso dejan de estar satisfechos de que se le haya jubilado. La multitud, con permiso de esos padres definidores, cuando aclama a un personaje no demuestra sino lo que se ve, es decir, que fue y continúa siendo un hombre popular, y esos vítores son una protesta contra su caída.

Los resultados de la Conferencia en favor de los obreros demuestran, por lo platónicos, que no pudo ser ésta la causa de la desgracia del Canciller. Tanto ruido para venir a establecer ideales tan vulgares como el del descanso dominical y la limitación del trabajo de los niños, ancianos y mujeres, limitaciones que, a ser llevadas a la práctica, pagarían los mismos beneficiados, no han podido ser combatidas por

el Príncipe de Bismarck, que durante su administración demostró con soluciones positivas ir más adelante en los propósitos de desarmar al socialismo.

¿Qué sucede en Rusia? No lo sabemos. Es singular cómo se guarda el secreto de las cosas públicas en el Imperio que tiene mayor número de habitantes. El Emperador enfermo; materias explosivas cerca de su palacio; los estudiantes sublevados, y la autoridad a punto de cerrar las Universidades. Esto dicen todos los periódicos.

¿Qué sucede en Rusia? Lo de siempre.

La diplomacia turca ha caído ahora en que si hubiera firmado el convenio que Inglaterra le propuso en 1887, por el cual se limitaba a tres años la ocupación del Egipto por los ingleses, estaría ésta a punto de terminar, y en vista de ello ha manifestado el Gobierno del Sultán deseos de reanudar las negociaciones interrumpidas. Los ingleses no han contestado sino evasivamente; pero, respondan lo que quieran, demostrarán claramente una vez más lo que es tratar con Inglaterra.

Y continúa toda la vida política de España reconcentrada en la discusión promovida en el Senado por el arresto del general Dabán; es decir, por el suplicatorio del Gobierno para que ese arresto se efectúe. Por nuestra parte sólo vamos sacando en limpio las dificultades que hay en España para arrestar a un general, y las facilidades de que éstos arresten a sus subalternos.

Desde luego este asunto ha causado bastante impresión en la prensa europea, que no se explica el hecho anómalo de que lo menos se sobreponga a lo más, que una leve cuestión de forma escandalice tanto, y que el hecho gravísimo que ha producido el conflicto, resulte

ahora insignificante. No aprobamos los epigramas que hace contra nuestros generales la prensa extranjera; pero hay que tener en cuenta, para explicárnoslos y atenuar la importancia del ataque, que en el exterior no se conoce el pormenor de estos sucesos, sino que se juzgan por el conjunto. Y es claro, recuerdan que se han disuelto Cortes militarmente, sin responsabilidad para nadie, y extrañan el escándalo que ha producido el que se pida licencia al Senado para arrestar a un senador, y que se hagan con este motivo siniestros y amenazadores vaticinios. No se explican que hace poco fuese atropellado un presidente del Congreso, sin consecuencias, y que los generales se enfaden tanto, no por el arresto, que muchos opinan pudo efectuarse, sino porque no le impuso el Capitán general del distrito, a quien correspondía, según ellos, y no a su jefe el Ministro de la Guerra, no obstante poder éste ordenar al otro, como superior, que impusiera ese castigo, y desprenderse claramente de lo sucedido, que el capitán general y el ministro estuvieron muy de acuerdo en lo que se ha hecho.

Nosotros vamos a decir con franqueza cuál ha sido el error del Gobierno: el de no haber procesado seriamente al general Dabán pidiendo autorización al Senado para hacerlo, y haberse limitado a una leve corrección. Suponemos que el Gobierno habrá tenido sus razones.

El general Martínez Campos ha tenido un momento de sinceridad en el Senado, exponiendo con franqueza la necesidad de la disciplina, el deseo de paz y reposo del país y la esterilidad de todo acto de fuerza cuando no está sancionado por el deseo general. En efecto, el ejército a quien se han entregado los parques y las plazas fuertes, puede en un momento dado sublevarse e imponerse a los poderes; pero si triunfa en medio de la indiferencia pública, se asusta de su obra: como que la

fuerza de que dispone es momentánea y delegada, y la fuerza verdadera está en el país, que es la suma de todos los derechos, recursos y energías de la patria.

El ejército es una institución que tiene dos objetos: la defensa del país en el exterior, y del orden en el interior. Todo lo que sea apartarle de estos dos objetos para que fue creado, es hacerle daño. Un ejército político sería una milicia nacional, sin la ventaja de ser ésta gratuita y sin derechos.

Si por los precedentes vamos a guiarnos; si no hay absolución general de las faltas pasadas, renunciemos para siempre a la vida pacífica y ordenada que hacen los demás pueblos. El que sea impecable en les trastornos que hemos sufrido todos, que tire la primera piedra á los que necesitan gobernar.

Autores dramáticos, músicos, editores y empresarios, reunidos en el Círculo Literario y Artístico, han tomado el acuerdo de prohibir sus obras en España a los actores y empresarios que en sus excursiones por América no satisfagan los derechos de representación a los asociados por las obras que allí pongan en escena. La falta de tratados con aquellos países hace que no exista en ellos propiedad literaria y artística para los productores españoles, que la disfrutan sin embargo en otras naciones. De esta anomalía resulta un perjuicio mutuo para los escritores y músicos americanos y españoles: éstos, por carecer de toda clase de derechos en América; aquéllos, porque, representándose en su país gratuitamente todo el repertorio español, no pueden competir en baratura con un teatro tan abundante y libre de derechos. Los intereses de unos y otros autores son comunes, por lo cual el acuerdo tomado por los que se reunieron en el Círculo, favorece a los músicos y escritores americanos.

Pero esto no es sino el primer paso de otra asociación aun más completa y eficaz. De la falta de tratados de propiedad literaria sólo se lucran hoy algunos industriales que establecen empresas teatrales y explotan las obras ajenas sin remunerar el trabajo intelectual, tan sagrado como cualquier otra propiedad. Si los escritores americanos, convencidos de la equidad, justicia y conveniencia del reconocimiento mutuo de esos derechos comunes, abogan porque se hagan los tratados, el esfuerzo de todos se impondrá a los gobiernos, y los que vivimos de nuestro trabajo ensancharemos la esfera de los recursos. Pesen los inconvenientes y las ventajas nuestros hermanos de América, y estamos seguros de que, si lo hacen, convendrán en la conveniencia mutua de que termine una explotación injusta y perjudicial para todos los que viven de las letras y la música.

Vea cada escritor americano qué le conviene más: si sufrir en su país la competencia gratuita de todos los escritores de las demás repúblicas latinas y de España, ó verla limitada por los derechos legítimos de cada autor, y en cambio disfrutar en España y toda América derechos de que hoy carece si. tiene la suerte de escribir alguna obra popular.



ASPEREZA Y SUAVIDAD

Al beber en el río un trago de agua, la culebra se encontró con la anguila que sacaba la cabeza para tomar un sorbo de aire.

—Perdona si te he tropezado —dijo la culebra—; creí que eras mi retrato, que veo en el agua cada vez que bebo. Pero ¿estás desnuda, criatura? Voy a traerte la camisa que deseché el año pasado. Es de un

tejido áspero y fuerte.

—¿Y para qué la quiero?

—Para defender el cuerpo: hay que cuidarle mucho; sólo tenemos uno.

—Ya le cuido: hace un momento me vi agarrada por un hombre, y estoy libre.

—¿Le mordiste para que soltara?

—Yo no muerdo.

—¿Cómo luchas entonces por la libertad? ¿amenazando?

—Ni lucho ni amenazo. Me escurro entre los dedos que quieren oprimirme, y me defiende mi propia suavidad.

—Amiga, eso podrá ser en el agua; que aquí, en la tierra, hasta los mosquitos se sorben la sangre del desnudo s y hasta los guijarros se clavan en la carne a los suaves.

José Fernández Bremón.

⭐

8 de Abril de 1890.

CRÓNICA GENERAL.

La visita del Marqués de Cerralbo a sus correligionarios los carlistas de Valencia ha dado ocasión a un grave tumulto popular en aquella población. El hotel de Roma, en donde se hospedaba el viajero; el Círculo tradicionalista, ó sea el de los correligionarios del Marqués; el colegio de jesuitas, y los fielatos, fueron apedreados por las turbas, que produjeron en ellos graves desperfectos. La actitud del Gobernador interino, llevado en hombros por los amotinados, mientras caían a pedradas los vidrios del hotel, ha sido censurada duramente en el Congreso por el Sr. don Francisco Silvela, que acusó al Gobierno de simpatizar con los motines.

A nuestro juicio, ni la autoridad es del todo inocente en el recibimiento que se hizo en Valencia al representante de don Carlos, ni culpable de las consecuencias y carácter que tomó luego el motín. Desde que se supo en Valencia que los carlistas trataban de festejar a su jete, surgió la idea en los liberales de protestar contra los aplausos con una silba, y no creemos que el acto fuese antipático a los ministeriales, sino que estas asonadas empiezan con silbidos y es difícil que no concluyan a balazos. Sea de ello lo que fuere, puesto que no se ha de averiguar oficialmente, confesamos que si no nos agradan las excursiones políticas para enardecer las pasiones, nos repugnan aún más los silbidos, las pedradas y los incendios. Aquello puede ser imprudente, pero es legal; esto otro es ilegal y salvaje. Y la prueba de lo insensato de la acción es que, ó se indemniza al dueño de la fonda de los destrozos que sufrió su propiedad, en cuyo caso pagará el Estado los daños, ó el inocente dueño del hotel es el que pagará los vidrios rotos, a menos que este industrial ponga esa partida en la cuenta del Marqués, el cual la rechazaría justamente, por no ser él quien hizo el gasto de vidrieras.

Si es cierto que los socios del Círculo tradicionalista hicieron fuego

sobre los que asaltaban su propiedad, su resistencia pudo ser imprudente, pudo ser temeraria; pero al obrar en defensa de su persona y derechos, el Código penal los eximía de responsabilidad, por ser la agresión ilegítima, porque la fuerza sólo puede rechazarse con la fuerza, y porque el recibir y agasajar al jefe de un partido no es provocación suficiente para que se atropelle, apedree e incendie la casa del que ejecuta un acto lícito. Esto es lo que establece nuestra legislación, y a ella debemos atenernos. ¿Y qué diremos del asalto del colegio de jesuitas? Si los actos de fuerza de muchos contra unos pocos son siempre repulsivos, si aquéllos son alborotadores de la calle, y éstos inofensivos e ilustrados sacerdotes y maestros, y el vocerío injurioso, las amenazas y el atropello interrumpen los estudios y las meditaciones, viola la propiedad y la libertad de la conciencia, el espectáculo resulta doblemente criminal y lastimoso. El incendio de los libros y casillas de los fielatos dio al motín un carácter utilitario y mezquino, que hace presumir fue aprovechado por los defraudadores de los derechos de consumos.

En resumen, todo resulta censurable en aquel hecho. Pecaron de imprudentes los que aconsejaron al Marqués de Cerralbo presentarse con el aparato de personaje popular en una ciudad que le era hostil en su inmensa mayoría; pecaron los liberales de buena intención, que creyeron poder encauzar su protesta dentro de límites legales; fue imprevisora la autoridad gubernativa, que no tomó las precauciones necesarias para impedir los desmanes y delitos, y fueron criminales las turbas desbordadas al apedrear, incendiar y causar tantos destrozos.

Ahora bien: ¿son apasionados o justos los cargos que se hacen al Gobierno por el motín de Valencia? ¿Qué es mejor, reprimir con dureza esos desbordamientos, ó contemporizar algo con las pasiones excitadas para evitar muertes y desarmar las iras populares? Como

principio rigoroso, lo primero es lo legal: allí donde el derecho se atropella, está la fuerza pública para restablecerle; pero como sistema, nos parece preferible dejar cierta latitud a los encargados de vencer los conflictos, ya que nunca estos choques violentos se pueden humanamente resolver sin que padezcan los derechos sociales o la humanidad. Tienen algo los pueblos amotinados de la irresponsabilidad del que ha perdido el juicio, y esos casos, por fortuna excepcionales, exigen en las autoridades una prudencia y un tino que sólo se pueden apreciar en el lugar y en el momento del peligro. Y, francamente, no creemos que se pueda desde Madrid establecer de un modo positivo el acierto ó error de la conducta de la autoridad de Valencia, una vez desbordado el populacho, fundándose en versiones incompletas: lo que se debate siempre en realidad en estos casos no es lo acaecido, sino la redacción de los documentos oficiales: una cuestión literaria.

Los periódicos afirman que la casa-colegio de los jesuitas estaba bajo el protectorado de Inglaterra, y el hotel de Roma bajo el pabellón de Italia: no sabemos que eso pueda efectuarse. Pero lo ocurrido justifica la razón que tienen los que rodean su casa de precauciones.

Por fin terminaron los debates del Senado concediéndose la autorización solicitada por el Gobierno para el arresto del general Dabán. Nadie se alegra, por lo que atañe a la persona, de la imposición de ese castigo; pero la generalidad de las personas a quienes hemos consultado están conformes, no siendo políticos interesados, en la necesidad del precedente que el Senado ha establecido. Es decir, que el Ministro de la Guerra puede arrestar disciplinariamente a un general, pero que para hacer efectivo el arresto tenga que pedir autorización a la Cámara, si es representante del país. Podrá haber vaguedad, omisión ó duda en la legislación militar vigente respecto de

la forma precisa de aquella facultad discrecional; pero ésta encarna de tal modo en la naturaleza del ejército y en la índole de su disciplina, que se impone al buen sentido en virtud de su necesidad, y exige que si hay dudas cesen y se aclaren.

Los debates del Senado han tenido importancia, más que por el hecho en sí, por los principios que se discutían en el fondo. El principal era el respeto que deben todas las jerarquías del Estado a los Poderes. El accesorio, aunque también interesante, el alcance de la autoridad de los ministros de la Guerra respecto de los oficiales generales. En cuanto a la inmunidad parlamentaria, ha ocurrido el caso raro de que, mientras se suponía violada al pedir al Senado que decidiese la cuestión del arresto, los mismos que lo sostenían negaban a un senador la facultad de censurar a Carlos IV, que gozan en España todos los que escriben historia.

Por último, como hecho curioso, merece referirse la protesta de los señores senadores que prometieron poner gasa de luto en sus sombreros por el arresto del bizarro general. Una vez consignado el derecho, nos parecería político el levantamiento de aquella corrección.

Gran semana ha sido esta para los estudiantes de Madrid, que han recibido fraternal y alegremente a la numerosa estudiantina portuguesa que los ha visitado para establecer vínculos de afecto entre la juventud escolar de ambos países. Los vivas a Portugal y España han resonado constantemente en los banquetes, paseos, funciones teatrales, serenatas, meetings y conciertos, con que las Facultades y escuelas de Madrid han obsequiado a sus hermanos de Lisboa, Coimbra y Oporto. El día de la entrada en esta corte de los estudiantes portugueses el entusiasmo escolar, transmitido al

vecindario, produjo una explosión de afecto hacia los simpáticos huéspedes, que reflejaban en sus rostros juveniles las aspiraciones generosas del porvenir.

La historia de España y Portugal es una misma en su origen: ambas naciones fueron una sola; sufrieron las mismas invasiones, y tienen comunidad de glorias y desdichas. Los grandes escritores portugueses manejaban, como los nuestros, el verso y la prosa castellanos. Sus navegantes y los navegantes españoles exploraron los mares y las costas que hoy dominan las naciones más tardías, a quienes enseñamos los caminos de la civilización y la fortuna. Si hemos reñido y peleado algunas veces, también pelearon entre sí muchas más León y Galicia, Castilla y León, Aragón y Castilla, y todos los trozos de España, unos con otros. Algo superior a las divisiones políticas que hacen y deshacen los hombres, la situación geográfica, obra eterna de Dios, nos impone la fraternidad y la alianza. Con las aguas de nuestros montes se fecundan las riberas portuguesas del Duero y el Tajo; los apellidos portugueses, con leves alteraciones ortográficas, son los nuestros mismos; tienen los lusitanos los mismos defectos y cualidades que nosotros. En más de dos siglos que vivimos separados, apenas ha habido motivos mutuos de agravios ni de quejas: en la guerra de la Independencia los soldados españoles y portugueses formaron ejércitos hermanos; y si en el siglo XVI Felipe II fue rey de Portugal, lo hizo por el derecho vigente entonces, por herencia; y eso hizo que parte de la historia de Portugal exista en nuestros archivos, y en los de la nación vecina parte también de nuestras crónicas, confundiéndose las unas con las otras. Y si España en aquellos tiempos se aprovechó de un derecho que creía legítimo, respetó después lealmente las capitulaciones que devolvieron su independencia a Portugal, como hoy respeta el derecho moderno de los pueblos. Todo lo que podía desunirnos cayó vencido por el tiempo; en cambio, la

obra de la civilización hace que sus líneas telegráficas sean las nuestras y nuestros caminos de hierro el paso natural de los portugueses para comunicarse con los demás países europeos. Lo que nos dividía pasó; lo que nos une está empezando. Portugal por un lado sólo tiene el mar; es decir, escuadras inglesas, por el otro, brazos españoles que les brindan amistad.

Bien venida sea la juventud de las escuelas portuguesas, representación de la cultura que ha de esparcir la luz intelectual en la generación que nace ahora. Un generoso impulso, una clarividencia de lo que está por venir, os ha traído entre nosotros: tened fe y esperanza, y contad a vuestro regreso que en España sólo hallasteis simpatías hacia Portugal y respeto a sus derechos. Destruid preocupaciones viejas; sed el medio que trasmita el afecto de un pueblo a otro, y tened en cuenta que las naciones pueden ser unas y diversas, en virtud de los mutuos intereses y de los mismos sentimientos. Y vosotros, estudiantes españoles, al abrazará vuestros hermanos de Portugal, habéis realizado un acto histórico, que puede ser en la vida nacional lo que el injerto en la vida de las plantas. Estamos en época de evoluciones y transformaciones generosas: cumplid noblemente vuestro destino.

Los trabajos preparatorios para devolver a la fiesta de San Isidro su antigua fama, continúan activamente: el alcalde de Madrid, don Andrés Mellado, que concibió la idea en beneficio de la población, persigue con energía la realización del pensamiento. La comisión de periodistas no descansa, y celebra sus reuniones en el Círculo de Bellas Artes. Como los festejos han de ser variados, y no todos los proyectos pueden realizarse en el corto plazo de que se dispone, no creemos conveniente dar idea del programa, pues no es aún definitivo. Pero sólo la iluminación eléctrica de las calles más hermosas del Retiro, en

las noches de Mayo, ha de dar a las fiestas un carácter original. En la cabalgata a la italiana, que se organiza, vestirán trajes caprichosos artistas, escritores y personas muy conocidas. Todo hace presumir que la abundancia de forasteros ha de ser este año triple o cuádruple que en los años anteriores, con provecho de todos los comerciantes e industriales. Y siendo el propósito de la autoridad municipal que estos festejos del patrón de Madrid tengan, de año en año, mayores alicientes y solemnidad, los regocijos que sé preparan son el principio de la rehabilitación espléndida de la decaída romería de San Isidro el Labrador.

Un segundo Jurado, en conformidad con el anterior, ha declarado en Madrid exento de responsabilidad a un individuo acusado de haber muerto a su esposa. El hecho causó gran escándalo entre los togados, y la sentencia fue recibida con aplausos por el público. No hemos leído las preguntas que el Tribunal hizo al Jurado, y por consiguiente no sabemos cómo pudo lograrse la absolución; pero si materialmente no nos lo explicamos, moralmente sí. El Código castiga el parricidio con cadena perpetua ó muerte, y la conciencia establece en ciertos casos atenuaciones que pugnan con las cláusulas inflexibles de la ley. El togado no vacila, y condena, cumpliendo con su oficio, y obligado a razonar legalmente su sentencia; el Jurado duda, repugna el exceso del castigo, y como no necesita razonar ni puede suavizar el exceso del rigor, absuelve. Lo que citamos no es anómalo: constituye la verdadera diversidad entre el tribunal de hecho y el de derecho.

Un crimen célebre ha preocupado últimamente a los ingleses, por el hecho en sí, y más aún por el problema jurídico que envolvía la sentencia. Dos jóvenes habían asesinado a su padre; los criminales tenían respectivamente diez y nueve y diez y seis años; y como allí no existen las atenuantes de edad, el Jurado los condenó a ser ahorcados,

pero elevó al Ministro una representación exponiendo, para que se conmutase la sentencia, la corta edad de los sentenciados. El Ministro creyó interpretar lógicamente los deseos del Jurado absolviendo al menor de los culpables, y mandando que se cumpliese la sentencia en el mayor, por no ser la edad en éste circunstancia extraordinaria, y serlo en el menor. La opinión se dividió, como era natural, aunque lo odioso y bárbaro del crimen no excitase ninguna simpatía en favor de los precoces criminales.

⛏

—Las casas asaltadas en Valencia ¿dice usted que estaban protegidas por pabellones extranjeros?

—No lo digo yo; lo dicen los periódicos; pero por lo visto, ni eso sirvió para librarlas.

—¿Qué harán en adelante para defender sus propiedades?

—Hacer casas blindadas y vestir trajes de amianto.

—¡Muchacho! Ponte encima de esos periódicos para que no se los lleve el aire.

—¿Y si llaman a la puerta?

—Que abra la criada: como todo lo haces mal, he encontrado el medio de utilizarte: me servirás de pisapapeles.

—Buenos cigarros fuma usted.

—Son de Vuelta Abajo.

—Le saldrán caros.

—Los que antes fumaba me costaban más.

—¿No eran de cinco céntimos?

—Es verdad; pero para encender cada cigarro gastaba una libra de bujías.

José Fernández Bremón.

⭐

22 de Abril de 1890. LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA V AMERICANA.

N.° XV

CRÓNICA GENERAL.

Los estudiantes de Farmacia de Madrid han hecho manifestaciones públicas en estos días, protestando contra los abusos que, según ellos, cometen las boticas militares expendiendo medicamentos, no sólo a las clases del ejército para quienes se crearon dichos establecimientos, sino a muchas otras gentes que no tienen derecho a aquellos beneficios. Que existe el abuso, parécenos indudable, y en ese concepto tienen razón los estudiantes de Farmacia. Si bajo la sombra de la milicia se cobijan los paisanos para disfrutar de privilegios que no les corresponden, claro es que no podrán competir con las boticas que no pagan contribución industrial las que la satisfacen, y unas

medrarán al amparo del privilegio, y otras se arruinarán cumpliendo con la ley. Algo hay que hacer para evitar la desigualdad injusta que existe entre las clases civiles que cometen el abuso de surtirse en farmacias militares, y las que no tienen esa ganga por falta de relaciones o por repugnancia a los actos ilegales.

Pero los estudiantes y farmacéuticos, al hacer su manifestación pública y no protestar por el conducto oficial ante quien correspondía en derecho el día que salieron a la calle en protesta personal y colectiva, acudieron al tribunal del público, para que éste se enterase de sus quejas y les diera su apoyo moral. El vecindario les concedió su simpatía en lo que tenían de legítimas: no hay derecho para que las boticas militares vendan remedios a las clases civiles que tienen amigos en el ejército, y todo lo que tienda a evitarlo será justo, no dando ocasión a otras injusticias.

Y sin embargo, el público se manifestó reservado, como si en esos derechos de clase que se invocan y reconoce hubiese algo que no le entusiasmase. A nuestro juicio es lo siguiente. Para que el abuso haya tomado proporciones que alarmen a los farmacéuticos, la parte de público que busca amistades y recomendaciones para surtirse en esas farmacias exentas, tiene que encontrar en ellas, al par de la confianza que han de inspirar esos establecimientos en donde se quiere comprar la salud, grandísima economía que compense las molestias de pedir favores. ¿Es cierto que la diferencia entre los precios de las farmacias militares y civiles es tan enorme que no se justifica con la diferencia de los gastos que unas y otras exigen? ¿No hay competencia inútil y excesiva de lujo en esos establecimientos que tiene que costear el vecindario, lujo que se paga con las recetas? ¿No hay diferencias también enormes entre ciertas drogas, que se adquieren a precios inconcebiblemente diversos, en la droguería y en la farmacia? ¿No

hay, en fin, abuso en la ganancia racional que calculando el precio de los ingredientes deberían tener los honorarios de laboratorio?

Si los estudiantes de Farmacia hubieran planteado una cuestión técnica, protestando contra la capacidad científica de los encargados de las boticas militares, nos callaríamos los profanos; pero se trata sólo de una cuestión legal en que tienen razón, y otra mercantil que a todos interesa: no podemos menos de oponer en esta nuestros egoísmos de consumidores a sus privilegios de clase, y puesto que al público recurren, decirles con franqueza lo que el público murmura.

El farmacéutico es comerciante en segundo término y con un carácter privado: ante todo para el público es un hombre de ciencia y un funcionario en quien confía, para la conservación de la vida. La juventud que hoy reclama esos derechos que la corresponden, debe, al mismo tiempo, dar pruebas de generosidad y de civismo, para captarse las simpatías generales, demostrando de algún modo que se interesa por el público que recurrirá a ella en el momento triste de perder la salud, y que el enfermo no es un elemento de ganancias, sino la humanidad que sufre. Y no es que neguemos a los interesados el derecho de protesta, sino que les expongamos los medios de captarse mejor la consideración y el apoyo de las gentes.

El proceso del Conde de Benomar, representante que fue de España en la corte de Berlín, que había terminado por un indulto en vez de concluir en una absolución o una sentencia, ha dado ocasión a un debate parlamentario, sostenido por los Sres. don Francisco Silvela, que fue el abogado del Conde, y don Antonio Cánovas el Castillo, en dos notables discursos. No terciaremos en este asunto ya terminado con el desistimiento del Gobierno. Bástenos contribuir a divulgar un hecho principal: que de las explicaciones dadas, en la prensa y en el

Parlamento, ha resultado en toda su integridad la honra y consideración del Conde de Benomar.

Las obras que han de componer la próxima Exposición Nacional de Bellas Artes se hallan ya depositadas en el edificio destinado a ese objeto en las cercanías del Hipódromo. El Jurado elegido por los artistas se ocupa en eliminar las que no deben ser admitidas, y distribuir y colocar las estatuas y los cuadros. El número de éstos es más considerable que en la última Exposición. El Jurado ha quedado constituido en esta forma:

Presidente de nombramiento oficial: el director de Instrucción Pública, don Vicente Santamaría de Paredes. Secretario: don Celestino Pujol y Camps.

Vocales: don Manuel Domínguez, don Alejandro Ferrant, don Germán Hernández, don Casto Plasencia, don Serafín Martínez del Rincón, don Aureliano de Beruete, Marqués de Cubas, don Eugenio Duque, don Manuel Fuxá, don José Esteban Lozano, don Juan Vancell, don Miguel Aguado de la Sierra, don Ramiro Amador de los Ríos y don Enrique Repullés.

La curiosidad está excitada como en todos los certámenes anteriores; pero no adelantaremos noticias, ni mucho menos juicios prematuros de lo que no corresponde a esta sección ni a nuestra incompetencia.

Los cronistas de periódicos somos los auxiliares del historiador, y el libro que retrata a los contemporáneos ilustres pertenece a nuestro arte y contribuye a nuestro objeto. Los Oradores políticos, que acaba de publicar el diputado don Miguel Moya en un lindo volumen con veinte retratos fotograbados, si hoy tiene el interés de actualidad por

ser los personajes a quienes retrata los que más bullen en la política, a medida que el tiempo pase adquirirá mayor importancia, porque muchos de esos hombres pasarán a la historia. No hay encanto igual al de leer las relaciones de los sucesos famosos contadas por aquellos que los conocieron y trataron. Y, á nuestro juicio, el principal placer que el libro del Sr. Moya proporciona, es el de notarse en sus páginas que todos los apuntes se han tomado del natural y en el salón mismo de sesiones, teniendo a la vista al protagonista, oyendo sus discursos y viéndole bullir entre los grupos, ó formarlos en derredor de su persona. El documento humano, tan discutible en la novela, es el alma de la historia. Comprende ese chispeante libro (1) las semblanzas y retratos de los Sres. Cánovas del Castillo, Castelar, Sagasta, Marios, Silvela (don Francisco), López Domínguez, Alonso Martínez, Azcárate, Pidal, Moret, Gamazo, Pí y Margall, Montero Ríos, Salmerón, Martínez Campos, Labra, el Marqués de la Habana, Moyano, Ruiz Zorrilla y Romero Robledo. Tienen una gran cualidad los retratos, la de no deprimirse en ellos al adversario ni pertenecer a la odiosa clase de los que niegan méritos, capacidad y servicios al que no es de su secta; pero el Sr. Moya es político, y no se puede dejar de advertir en sus páginas que estima, aplaude y considera principalmente a sus correligionarios: son más probos, más profundos, están más en lo real y positivo; pero esto no lo trasluce el vulgo, sino que resulta entre líneas en aquel libro discreto y fino, salpicado de anécdotas, ligero, animado e ingenioso, y escrito al vuelo con ingenuidad encantadora.

Hemos leído, en los periódicos una noticia curiosa que, sea ó no exacta, ofrece un caso nuevo que añadir a los problemas de la propiedad artística. Dícese que la Patti ha llevado ante los tribunales al poseedor de un fonógrafo, pidiéndole una indemnización por haber estereotipado algunas de sus arias, y especulado haciendo repetir al fonógrafo sus trinos. ¿Tiene la Patti derecho a

impedir que otro se apodere de los sonidos que lanza al espacio, ó a pedir parte en las ganancias del dueño del fonógrafo? En primer lugar, la Patti no hace sino repetir en sus cantos lo que escribieron los maestros; en segundo, al cantar ante el público no es sólo su voz lo que constituye su personalidad y su talento, sino la figura, el traje, los gestos y ademanes; de todo lo cual, el fonógrafo sólo la roba una parte, aunque sea principal; en tercer lugar, no hay ejemplo de que ningún artista haya convertido en dinero y explotado tanto como la Patti sus efímeros gorjeos. Y si cantó lo que escribieron los maestros, y ese canto le fue espléndidamente pagado, y quedó concluido, al terminar en la función sus últimos alientos, y tan fuera de su dominio que, aun cuando quisiera, no podría repetirlo exactamente, ¿qué propiedad es esa que no admite registros, ni se le usurpa íntegramente, y se le pagó para una función determinada, fuera de la cual la Patti tendría que cantar según las circunstancias de otro estado nervioso diferente? ¿Qué propiedad es esa en que el fenómeno de cantar mejor ó peor se produce, no sólo por la habilidad del artista, sino por la impresión que en éste ejerce el público ante quien canta? ¿Y la melodía del autor? ¿Hay propiedad tan absoluta que impida a otros utilizarla en lo que no aprovecha al dueño? ¿Acaso el dueño de un edificio tiene el derecho de impedir a los demás la sombra que proyecta? La misma Patti, ¿tiene derecho a impedir que los vecinos del teatro oigan los ecos de su voz que salen por las claraboyas, y aun especulen alquilando a otros sus moradas para disfrutar de lo que llega a ellos naturalmente?

Pero la naturaleza de esa propiedad puede hacer que sea lesionada, si se vulgariza hasta el menosprecio, y en ese caso tiene la Patti el derecho a ser indemnizada en justicia, participando, por supuesto, el autor de la música del mismo privilegio, y con preferencia, como

creador.

Esto que hoy parece extraño, tendrá gran importancia el día, no muy remoto, en que los organillos no toquen, sino canten con las voces de los artistas más famosos, ó reproduzcan los sonidos de las grandes orquestas y de los instrumentistas eminentes.

El 24 del corriente empezará a publicarse en Barcelona un periódico satírico, titulado La Chispa, ilustrado con profusión de caricaturas y destinado a la defensa y acatamiento de nuestra religión. Así se nos anuncia en una circular de la librería de Monserrat, Jaime I, número 13, en Barcelona, rogándonos que insertemos las líneas anteriores, lo que hacemos con gusto.

La verdad es que tenemos curiosidad de ver cómo se acata y defiende la religión por el procedimiento de la caricatura.



Diálogo histórico que nos ha referido un artista:

—¿Tan grande es el cuadro que traes a la Exposición?

—Como que le tuve que meter en dos cajones.

—Comprendo: un cajón para las figuras y otro para el fondo.

—¿Trabajas mucho?—pregunta un arquitecto a otro.

—Sólo tengo un encargo.

—Feliz tú.

—Sí: mi niña me ha encargado que la haga una casa de muñecas.

En una reunión de clases pasivas.

—Nosotros también somos víctimas de esta sociedad egoísta. ¿Nos adherimos a la huelga?

—Sí, sí! Nos adherimos.

Y se acordó por unanimidad una huelga de cesantes.

—¿Qué presentas en la Exposición? ¿Algún paisaje?

—Esta vez pico más alto.

—¡Ya! ¿Te has lanzado a la Historia?

—Más aún. He pintado un asunto prehistórico.

José Fernández Bremón.

(1) Sáenz de Jubera, hermanos, editores. Campomanes, 10, Madrid. El ejemplar cinco pesetas.

☆

30 de Abril de 1890.

CRÓNICA GENERAL.

Escribimos en víspera de la gran huelga europea del 1° de Mayo, que es, según leemos, la fiesta del trabajo, y al mismo tiempo una manifestación universal para que se fije en ocho horas el máximum de las que se puedan exigir, al obrero por su patrón. En algunas naciones, como Austria, el solo anuncio de la huelga ha infundido es- panto, apresurándose el vecindario de Viena a depositar en el Banco sus alhajas y numerario, recordando los saqueos de Londres y Roma; en Francia se han tomado grandes precauciones militares, y en España no ha faltado quien se regocije de nuestra pobreza industrial, que evita los inconvenientes del predominio de la población obrera sobre la urbana; sin embargo, en algunas provincias, como Valencia, ha habido inquietudes y recelos. Los periodistas han interpelado a los hombres políticos de más talla para saber su opinión acerca de esta huelga, y todos esperamos con curiosidad el gran acontecimiento, que será conocido en todos sus detalles cuando estas líneas circulen. Pero resulte lo que quiera; estalle o no en algún punto, o en varios, la tormenta; sea ó no un suceso enteramente pacífico, siempre sobrenadará sobre los hechos, que la casualidad agrava ó suaviza, el mismo fenómeno social. Las asociaciones de obreros de naciones que tienen intereses diversos, y se rigen por leyes diferentes, y una política en muchas cosas hostil, no sólo se han organizado entre sí, sino que se presentan ante el mundo como un poder que reclama derechos e impone condiciones.

No busquemos precedentes históricos: si las huelgas son antiquísimas, si las asociaciones internacionales también lo son, el internacionalismo obrero moderno no sólo es por sus circunstancias de carácter antes desconocido, sino por la masa enorme de sus afiliados y por el papel

que éstos desempeñan, más que en la vida común, que puede limitarse mucho, en la vida industrial moderna.

Y en estos instantes de emoción llega a nuestras manos un folleto, Observaciones sobre la cuestión social (1), escrito por don José Giráldez y Errasti, ya conocido por su Tratado de la Tipografía o Arte de la imprenta, que hemos leído con atención, por ser su autor de profesión tipógrafo y poderse considerar su trabajo como eco de las aspiraciones e ideas dominantes entre los de su arte. Desde luego late en el folleto, aunque de un modo poco perceptible, la queja contra las ventajas del alto trabajo. «El ingeniero, dice, sirviéndose del taquímetro, mide en una hora espacios que antes le costaba días.» y deduce que no todos los que trabajan disfrutan igualmente los beneficios del progreso. «La cuestión social, añade luego, es la manifestación de la personalidad: el hombre en lucha para que no se le confunda con la cosa, ni se le convierta en máquina de producción. El esfuerzo es dolor; el mayor producto, goce. El obrero de hoy no es el de ayer. Siente satisfacciones por todas partes, mientras él carece hasta de lo necesario, en un mundo en donde hasta los más raros caprichos encuentran su realización. Reclama reducción de horas de trabajo, que se aleje del taller al niño, que se reglamente el trabajo de la mujer.»

Pinta el resultado futuro de una huelga de los obreros en la calle, el hambre general, y los más fuertes exigiendo e imponiéndose. Elogia al emperador Guillermo, y dice que « ha amortiguado la fuerza de impulsión que llevaba el movimiento obrero. y exclama: «Las antiguas nacionalidades van desapareciendo para el obrero.la fraternidad no se limita a Europa.» Y admirando la solidaridad de las asociaciones internacionales, y combatiendo las promesas absurdas e imposibles, prorrumpe: «¿Son estos los enemigos de la propiedad y la familia?»

Hemos hecho este ligerísimo extracto por ser este folleto el trabajo más fresco y reciente acerca de la cuestión que tanto preocupa.

Pero el Estado se encuentra con que se le plantea una cuestión en términos de resolución dificilísima, dentro del organismo vigente. ¿Se trata de reglamentar el trabajo de los niños y hasta de alejarlos del taller? Esto es posible: ningún interés tiene el Estado en que trabajen: podrán quejarse los padres obreros que explotan ó utilizan a sus hijos. ¿De reglamentar el trabajo de las mujeres? También se puede legislar en esto, aunque repugne a las ideas de libertad impedir a la mujer o dificultarla que gane su sustento: no creemos que la mujer, tan digna o más digna de protección, reconozca las ventajas que se la quieren conceder. Viene lo de las horas de trabajo, y aquí empieza el tremendo problema. Si el Estado fuese el industrial y el propietario, la dificultad podría resolverse. Pero se encuentra por un lado con los derechos de propiedad y toda una legislación, y con que en el fondo de esta petición, y las sucesivas que se anuncian, se plantea el programa de una nueva sociedad, y no hay, ni habrá en mucho tiempo, Gobierno alguno que ose, aunque estuviese convencido de que se pide cosa justa, acometer la tremenda aventura de remover la sociedad en sus cimientos por el fantasma de la solidaridad humana, combatido por legiones de espíritus que piensan cada cual a su manera y por intereses encontrados.

Pero ¿creen los obreros que al Estado le es indiferente su situación y que nada hace por ellos? Pues fíjense en lo que previene el Código penal, y que, por equidad, no aplica:

«Art. 556. Los que se coligaren con el fin de encarecer o abaratar abusivamente el precio del trabajo o regular sus condiciones, serán

castigados, siempre que la coligación hubiere comenzado a ejecutarse, con la pena de arresto mayor. Esta pena se impondrá en su grado máximo a los jefes y promovedores de la coligación y a los que para asegurar su éxito emplearen violencia o amenazas, a no ser que por ellas merecieren mayor pena.»

Lo que deben pedir no es que se desconozcan todos los derechos ante la exigencia de una fuerza más ó menos real que pide parte en el haber social, sino que, habiendo sufrido una transformación el mundo, se busquen soluciones para los conflictos del trabajo en su nueva fase. Y si no las busca el Estado, presentarlas ellos mismos; pero que sean prácticas, y no imposibles y desorganizadoras.

¡Las huelgas! ¡El hambre! ¡La lucha para comer! Valiente solución. ¡Con qué dolor recordarían entonces la vida laboriosa y estrecha, pero sosegada del trabajo! Con el fondo de resistencia que se malgasta en cada huelga, instalarían una industria, en que los obreros fuesen copartícipes. Si pidieran en cada Estado auxilios en este sentido, todos los años aumentaría el propietario-obrero, lo que en vez de repugnar a nuestro estado social, contribuiría a consolidarle, convirtiendo en interesados á los que por desheredados se tienen. En fin, todo menos la imposición y la amenaza, pues del trastorno que cualquier perturbación produzca en el trabajo, ellos han de ser las víctimas primeras. En la transformación social de este siglo, se olvidó colocar las válvulas del socialismo, en cambio de las que se habían arrancado. ¿No convendría reparar esta falta de un edificio en donde los arquitectos olvidaron la escalera?



Dos magníficos discursos de índole diversa, del señor don Segismundo

Moret, uno pronunciado en el Círculo Mercantil y otro en el Ateneo; aquél estudiando el presupuesto; el segundo, la índole del Gobierno en las sociedades modernas, le han proporcionado dos nuevos triunfos oratorios, como si no bastasen los muchos de su brillantísima carrera. El discurso del Ateneo tiene de notable que viene a ser, si no una nueva profesión de fe, como la rectificación de la experiencia de ciertos ideales con que la práctica del gobierno y las lecciones de la realidad corrigen y enmiendan los sistemas. La voz del Parlamento que era la manifestación de la opinión pública, no es sino un dato para apreciar esta: hay que oír, para hacerse cargo de las opiniones dominantes, todo lo que se dice y se piensa allí donde hay intereses sociales que revelan sus aspiraciones.

El discurso del Sr. Moret es tan oportuno, como que ha surgido de repente y como por sorpresa el conflicto de los obreros, sin que en nuestros Parlamentos se haya anunciado siquiera ni una voz, ni una queja, ni una aspiración. Y es que nuestro mundo político hace una vida tan apartada y propia, que podría compararse con la de los cortesanos de Francia en el siglo XVIII, que no se enteraban del estado del país hasta que la revolución rugió por en medio de las calles.

En la Academia de Jurisprudencia han sido recibidos como socios de mérito en junta solemne los Sres. Romero Robledo y don José Carvajal, como tributo a sus merecimientos.

El Círculo de la Unión Mercantil ha acordado oponerse al proyecto de aumento del capital social del Banco de España a mil millones de pesetas, presentado a las Cortes por el actual ministro de Hacienda, Sr. Eguilior; o pedir, al menos, que si el aumento es indispensable, se conceda la autorización «siempre que el Banco constituya en sus arcas, mitad en oro y mitad en plata, una cantidad igual a los billetes

que emita sobre los que tiene ya en circulación.

—¿Qué le parece a usted de esto? —oímos que preguntaba un individuo vestido pobremente, a otro de peor aspecto.

—Hombre, no tengo opinión.

—Pues yo sí, y estoy indignado con el Círculo; bien se conoce que allí abundan el oro y los billetes.

—¿Y qué interés tiene usted en eso?

—Y usted lo mismo. Yo quiero que aumente la circulación de billetes, a ver si llegan hasta nosotros.

La muerte de la joven Marquesa de Castellón, conocida en la sociedad de Madrid por el nombre familiar de Venturita Serrano, ha producido verdadero sentimiento. Era la hija menor de los Duques de la Torre, había contraído matrimonio un año antes; y no sólo su belleza, juventud y distinción la colocaban en primera línea, sino su talento artístico. La Marquesita de Castellón había sido una de esas actrices que en los teatros particulares sólo brillan ante un círculo de amigos, pudiendo ser joyas de la escena nacional.

La literatura ha perdido un autor dramático y un escritor concienzudo en don Juan de Coupigny, oficial de la biblioteca de Palacio, y retirado hacía tiempo del ejercicio activo de las letras. Cumplido caballero, de carácter bondadoso, exento de toda pasión baja y sencillísimo en su trato, era tan modesto, que nunca le oímos hablar de sus escritos ni despojar de mérito los ajenos. Su vida era tan retirada, que sólo accidentalmente tenemos noticia de su muerte, lo que no nos permite

hoy dar algunos apuntes biográficos del poeta don Juan de Coupigny.

Entre los trabajadores que no piden disminución de horas y exponen su vida incesantemente, merecen nuestra predilección los marineros y pescadores: una galerna ha causado en estos días muchas víctimas en las costas del Cantábrico.

Las profesiones peligrosas, como esa, la de los mineros, albañiles, carpinteros de obras y revocadores, debían, a nuestro juicio, y no lo decimos hoy con ocasión de las huelgas, sino que lo hemos dicho hace mucho tiempo, deberían inscribirse en un registro, y dar derechos, al cabo de cierto número de años, para ocupar destinos municipales subalternos.

Sin embargo, las organizaciones que convierten a los asociados en miembros indiferentes, o tal vez hostiles a la patria, no pueden infundir confianza para el desempeño de ciertos cargos públicos.

La solidaridad humana tiene para los obreros europeos y americanos un gran inconveniente: que los chinos son hombres y trabajadores, e innumerables, y no hay quien compita con ellos en la baratura del trabajo.



Continúan los preparativos para las fiestas de Mayo, que tienen por objeto principal dar alimento a la industria y al comercio, para indemnizarlos de la crudeza y pérdidas del terrible invierno que han pasado. Las fiestas, además, alegran el ánimo y desvían la atención de tantos anuncios tétricos. Es preciso divertirse. Dentro de poco tiempo, ricos y pobres habremos pasado para siempre. ¿A qué hacernos la

vida más triste de lo que es en realidad? La verdadera sabiduría consiste en gozar con moderación lo que cada estado tenga de bueno, y no empeñarse en imposibles. ¡Cuántas riñas se evitan por una carcajada!

⛏

—¿Cómo te representas al Cid?

—Yo me le figuro un picador con casco poniendo varas a los moros.

—¿Cree usted que debo llevar a la Exposición este cuadro de mi niña? —nos pregunta doña Araceli.

—Otros habrá tan malos.

—¿No es verdad que tiene idea?

—¡Ya lo creo! por supuesto, que esa niña no habrá tenido maestro, ¿no es verdad?

—No señor, pinta de oído.

—¿No podría cortarme el pelo el maestro?

—El maestro no corta el pelo ni afeita.

—¿Pues qué hace?

—Arregla pelucas y tiñe canas.

—Comprendo: es peluquero de viejo.

José Fernández Bremón.

(1) Librería. 4t Cutta, precio, 50 céntimos.

☆